

PARTICIPANTES
DEL
XIII CONGRESO DE
ESCRITORES
DEL MERCOSUR

GUALEGUAYCHÚ 2020



Breve Sinfonía¹

A Edith Caliani, in memoriam...

De pie, en el improvisado pedestal, el hombre descubrió que, con su delicada justeza, el instrumento aquel podía perfilar en el aire un pentagrama de movimientos silenciosos, raramente bellos, con el inefable poder de entrecortar el rumor de voces que habitaban a su espalda.

Eran vibrantes los chasquidos del singular contrapunto; y no menos vibrantes los suspiros arrancados a la pública platea.

Consciente de la responsabilidad en ese instante y del seguro efecto de su bien probado oficio, el Moderno Maestro de aquella Ancestral Ceremonia, más antigua aún que la música misteriosamente engendrada por la espléndida batuta, sonrió convencido del triunfo que coronaría otra vez una correcta labor.

Sonrió también ante la extraña forma dada a su instrumento de dirección, al que los rayos de sol, seccionados al atardecer por los bloques vetustos de las paredes del Último Teatro de la Ciudad, semejaban a una cuchara de albañil.

El nervioso voceo creció detrás suyo, segundo tras segundo, con cada ademán preciso y certero de su bastoncillo intrépido, buscando el compás en las profundidades de argamasa, de aquella mezcla blanca de sonidos graves y chirriantes, de sello riguroso y plástico que cubriría huecos y ranuras en el alma humana...

Ascendiendo, primero; acentuando la porosa estela de tonos en escala, volviendo vana la esperanza... Bajando luego a golpes de muñeca, rítmicos y sesgados hacia la derecha. Invirtiendo después el sentido de la parte ejecutada; esto es, en descenso y a la izquierda, y arriba y abajo, de modo que la Obra fuera definiendo en ojos y oídos la real tragedia confundida en aquella breve sinfonía, a la que todo el mundo terminaba escuchando alguna vez...

Junto a los acordes finales, la emoción del público aglomerado se agigantó hasta límites insospechados. Sin hesitar, contagiada una vez más su piel del escozor del triunfo, y, rematando el revoque sobre la placa gris, el Obrero saltó feliz de su escalera, y desapareció entre los oscuros recovecos de las tumbas, dejando atrás el estentóreo frenesí de aquella gente anonadada por el llanto ofrendado a algún ilustre muerto.-

BREVIARIO CURRICULAR – Agosto 2020

¹ ADRIÁN N. ESCUDERO (Santa Fe, Argentina) – Para XIIIº CONGRESO ESCRITORES MERCOSUR – Setiembre 2020.-

BUENOS AIRES BELLA

¿Dónde te encuentro, Buenos Aires bella,
sino en mi mismo corazón ferviente
y en la ilusión de hallarte nuevamente
cuando percibo tu soleada huella?

Buenos Aires del Plata, la doncella
bautizada en la orilla de una fuente
donde el ocre destiñe en la corriente
y relumbra el misterio de su estrella.

Aún en tu pronta vibración porteña,
vive esa aldea hollada por el fango
y el insondable don de tu secreto.

En el imaginario que te sueña,
tanto te puede describir un tango
como el verso pausado de un soneto.

Alfredo Bernardi

LA MAGIA DE LOS OBJETOS

El reloj, apoyado sobre una repisa, ocupaba un pequeño espacio del salón ubicado en la planta baja de la casa. Engalanaban el lugar un piano de cola, dos silloncitos y un mueble finamente tallado, con destino a cobijar piezas musicales. En tal honrosa compañía, el reloj cantaba día y noche. Lo hacía en tono mi mayor, emulando el sonido de un Big Ben. Otro ejemplar de pie, a escasos metros, marcaba su ritmo con diferente registro de voz. El más pequeño fue bautizado con el nombre de Benjamín. Los dos relojes, al girar sus carillones a la par, reproducían una melodía muy particular. Lo hacían a dos voces como una pareja de cantantes líricos. La melodía llegaba hasta el último rincón de la casa. Mi padre era el encargado de hacerlos funcionar. Atento a la potencia del sonido de las campanadas, intuía el momento oportuno para acercarse a cada uno y cumplir con el objetivo. Tomaba la llave de metal del más pequeño, y la hacía girar hasta el tope. El reloj de pie, con sus tres cilindros de bronce, obligaba a desplegar un esfuerzo mayor.

A lo largo de toda una vida, los dos relojes reconocieron como tutor esas únicas hábiles manos.

Un triste día de otoño, a las seis de la mañana, luego de una larga enfermedad, mi padre nos abandonó. El dolor por la ausencia relegó al olvido el sonido de los relojes. Nadie se acercaba para reciclar sus cuerdas y darles vida. Enmudecida y triste, la casa permaneció en silencio a lo largo de dos años, momento en que fue vendida.

En la consiguiente tarea de distribuir los bienes, Benjamín quedó a mi cargo. En mi nueva vivienda lo ubiqué en mi escritorio, sobre la misma repisa que, en su anterior vida, le había ofrecido sostén. Cada vez que fijaba la vista en él, me parecía vislumbrar la imagen de mi padre. Esa sensación hizo que durante un largo tiempo no me atreviese a girar su manivela para hacerlo cantar. Me contentaba con su sola presencia, como respetando la benéfica caricia de su cuidador.

Hasta que superada la melancólica etapa del duelo, decidí un día acercarme para hacerlo funcionar. Pero a pesar de mi esfuerzo, Benjamín retomaba su ritmo por un corto tiempo, no mayor de quince minutos. Enseguida, sin aparente razón, como agotado, iba opacando su voz hasta detenerla. Una y otra vez intenté la operación con igual resultado. En un primer momento, pensé en la posibilidad de que, al haber permanecido inactivo durante largo tiempo, hubiese deteriorado algo de su estructura. Pero todos los relojeros a los que acudí, sin excepción, aseguraban que el reloj se hallaba intacto, y que, en presencia de ellos, funcionaba perfectamente. En cada devolución, a pesar de mi santa paciencia, no lograba hacerlo cantar. Acallaba el sonido a escasos minutos. Desolada, presa de una loca fantasía, llegué a concebir que Benjamín rechazaba mi tarea, no lograba disociar su acompañada vida de las nobles manos de su cuidador. Y cansada de atizarlo una y otra vez, lo abandoné. Los objetos, inertes, no sufren las transformaciones impuestas por las circunstancias. De modo que, al concebirlo mudo y triste, incorporé su presencia como una reliquia.

Llegó el silencio al que nos convocó la eclosión de la pandemia. Todo se detuvo, como si el mundo hubiese entrado en una suerte de sopor. Las cotidianas tareas que, en su trajín, contribuían a alegrar y justificar nuestra existencia, habían trastocado su ritmo habitual por una insoportable burbuja de silencio. Nadie caminaba por las calles. Los pocos que se atrevían, divisados desde mi balcón, emulaban imágenes fantasmagóricas, semiocultos detrás de máscaras, como si temieran ser reconocidos.

Un día, a pesar de mis temores, decidí ganar la calle. Me incorporé, como todos, a esa extraña legión de desconocidos. Caminé sin rumbo a lo largo de un país desierto. La calle Florida, siempre ruidosa y atestada de gente, lucía como un callejón oscuro y solitario. Hasta mis pasos retumbaban. A pocos minutos de intentar esa travesía, con el cuerpo aterido, regresé a mi casa. Los ambientes sonaron más vacuos y desolados que ese mundo exterior al que había osado visitar en busca de consuelo.

Desolada y triste, sentada en un sillón de mi escritorio permanecí largo rato. Sin saber a qué atenerme miré a Benjamín que, desde su repisa, me observaba impávido y mudo. Ni siquiera contaba con sus campanadas. Ni un poco de música se dignaba a ofrecerme, alegrar mi casa. Darle cuerda a mi ánimo derruido. Enojada, abandoné el sillón y en voz alta, le reproché con una soberana filípica su desconsideración. Luego de intimarlo a que hablara como Miguel Ángel a Moisés, me acerqué y le di cuerda accionando la manivela hasta el tope. Esperé. Benjamín comenzó su tictac con un fértil tono. Pero a los quince minutos cedió.

Es inútil, pensé. Benjamín decidió enmudecer. Acompañar a mi padre, su tutor, hasta el final. Y reciclé mi fastidio por un sentimiento de ternura. Debía comprender su deseo. Lagrimeando, al final del día, quise despedirme para siempre de su canto. Y decidí, sin esperanza, darle cuerda una última vez.

A la seis de la mañana me despertaron seis campanadas. Me estremecí. Abandoné la cama, pensando que se trataba de un sueño. Pero Benjamín estaba dando su tictac. Cantando nuevamente. Y a la misma hora en que me padre nos había abandonado. Hasta hoy continúa funcionando.

Alicia Farsetti

SUSURROS Y ALTAVOCES EN AZULES DE AGUA Y TINTA

Mis libros susurran...

Quien podría decir que

en noches claras y serenas de insomnio,

surgen las asociaciones, similitudes, contradicciones

de las líneas de mis libros apilados, inclinados, los sombreros playeros también superpuestos,

todo en desorden irregular,

tan caótico y armónico a la vez...

entablando vaivenes de ritmos variados,

de temas dispares...

Son fotos y soplos de vida

de imágenes lejanas, pero siempre cercanas

de los latidos en el devenir de la vida...

En dos estantes mi padre adorado,

mi hijita sonriente tan amada,

todos en oblicuas irregularidades,

cayendo en cascadas como la vida...

Solo Jesús en dirección vertical ascendente,

en su Resurrección, unificando,

dando esperanzas al caos apilable de la vida.

EL TIEMPO ARTE EN CUARENTENA

La libertad de imaginación es

Imaginar sin límites...

Cualidad amputada,

Las formas se diluyen...

Las tintas transitan escalas discontinuas,

grafismos aislados provocando incisiones,

sin llegar a delinear formas,

raspando, tapando ,forrando huellas,

sin contornos, sin figuras,

solamente grafismos alocados

seré Dubuffet, Pollack o

Cata mi nietita?

Solamente grafismos alocados con
pequeños acentos de valor sin llegar a
constituir formas...

Sola en compartimentos estancos,
sin imaginarse el final,
sin el rumbo hacia mí ni a los otros...

siempre creí que nadie en la barca
se salva solo...

en mares agitados...

pero no se ve el comienzo

ni imaginar el final...

ALICIA VOGEL

PÁJAROS DESCALZOS

En las mañanas de antes nos bastaba con que el sol saliera,
ignorábamos no estar dotados para la dicha
y sin embargo por exceso de arrojo fuimos inmortales,
pintores ciegos de brutales escarlatas,
casi
golpes de audacia.

Subidos a árboles irreales éramos pájaros descalzos,
ajusticiábamos hormigas en actos de arrogancia determinando su destino
y había un día después de otro día
y otro.

Hoy me confunde tanta muerte de amigos:
cenizas, lloros, funerales,
el infierno va poblándose de conocidos.
Podemos adivinar que está viniendo la niebla
por el aroma a resignación
y aún así respiramos
-como las hormigas, como los árboles-
orgullosos de lo que no pudimos comprender

decimos palabras pocas
 incluso seguimos regando los geranios.
 Después de haber acariciado la piel de todas las ilusiones
 apagamos la luz en simulacro
 hasta ser atropellados por nuestras propias sombras,
 y eso.

NORBERTO ANTONIO JORGE

DIGNIDAD.

La última entrevista lo dejó agotado. Masticando frustración avanza a paso de hombre por la autopista. Por las ventanillas entran ráfagas de aire caliente que le pegan la ropa al cuerpo. El verano se ha adelantado, odia el verano. La tensa negociación con el cliente había fracasado, el tipo se pasaría a la competencia. Adiós posibilidad de cambiar el viejo autito cuyo motor se empeña en ahogarse.

¿Llegaría a tiempo para ver a su madre? La pregunta termina de agobiarlo. ¿Por qué toda su vida tuvo la sensación de que ella es la gota que rebalsa el vaso? “Tu madre siempre inoportuna, parece que lo hiciera a propósito, cuando más complicado estás, aparece ella con sus reclamos”, suele machacar impiadosa su mujer persistiendo en un rencor absurdo a esa altura de las circunstancias. ¿Cuántas veces habían discutido por eso? ¿Cuántas veces al escucharla él no tenía palabras para retrucarle y se quedaba mirando el piso, silencioso, perdedor como un animal que ofrece el cuello.

Perdedor, así se siente. En sus cincuenta años nunca pudo levantar cabeza. Cada vez que está a punto de alcanzar una meta (pequeña, siempre pequeña) el camino se estira y diluye en un tembloroso reverberar como ese, preñado de calor, que percibe en el asfalto.

“Se cayó, la llevaron al hospital para hacerle estudios”. El escueto mensaje no incluía la necesidad de aclarar nada. Se refería a su madre y el hospital era el de siempre, el del servicio médico que penosamente llegaba a pagarle.

Parado junto a su auto hay otro manejado por una mujer joven, lleva dos niños en el asiento de atrás. Se imagina a la mujer vieja y a los chicos peinando canas. Le resulta inevitable recordar la última visita que hizo a su madre ¿hace dos... tres semanas? ¡Está tan ocupado!

-Mamá, pareces enojada- Por toda respuesta un temblor insidioso le había sacudido el cuerpo. No iba a contestar, era orgullosa. Luego de largo rato donde los olores a humedad y puchero ocuparon el espacio del silencio, le preguntó por las nenas y la novia que tuvo antes de los veinte. “Me gusta, es una buena chica, quiero que venga”. Le resultó imposible discriminar si esas palabras se debían a la desorientación que mostraba de modo creciente su madre o a una inocente maldad, maldad de vieja.

-Mamá, ¿por qué estas tan enojada? – insistió. Ella abrió sus enormes ojos con una expresión de asombro o de pánico. “Detrás tuyo hay bichos en la pared”. Se hizo un pesado silencio mientras él pensaba que le gustaría salir corriendo a pesar de la culpa que lo acompañaba desde que ella se convirtió en alguien dependiente, vulnerable.

-Es indigno- le escuchó decir con una voz vencida, casi inaudible que le pegó en el centro del pecho.

-¿qué es indigno?- lo presente pero quiere que ella se lo diga.

- Yo, mi estado es indigno.

La fila de autos comienza a moverse, pierde de vista a la mujer y los chicos. La lucidez de su madre ¡su maldita lucidez! que, tal como ocurre con su mujer lo deja sin palabras. Un perdedor, sí, un pobre tipo laburante que nunca tuvo un peso, que nunca supo realmente que quería, un tipo arrastrado por las circunstancias.

-No digas eso- sus palabras le parecieron estúpidas. Estiró el brazo para tocarla mientras la cabeza le rebotaba arriba-abajo, arriba-abajo. No pudo tocarla, el intento quedó a medio camino. El contacto entre los dos siempre había sido difícil.

-Es indigno, no puedo ni limpiarme el culo, cualquiera me ve en pelotas, me tratan como si fuera retardada... loca.

Quedó alarmado por el lenguaje inhabitual de la anciana. La aparición de una mucama con la bandeja de la cena había terminado de hundirlo.

-Hoy estamos malita... ¿ve? La vinieron a visitar... ¿va a comer ahora que está su hijo? Mire que si no come la vamos a tener que pinchar.

El hombre que maneja en el autito cuyo motor se empeña en ahogarse sacude la cabeza. Es tan real la evocación que le parece haber alucinado. Otra vez la caravana se detiene, hojea en una guía buscando el camino más rápido para llegar al hospital.

Indigno, la palabra no ha dejado de resonarle en la cabeza. Se da cuenta de que su madre y él, en la última visita, hace ¿dos, tres semanas? por primera vez han sintonizado un canal de ida y vuelta. Ha sentido el peso de la palabra. Indigno, por tener miedo, por dejarse estar, por tantas cosas a las que ha renunciado ni se ha atrevido a desear.

Cuando llega a la guardia no puede verla, la han llevado al tomógrafo. Más tarde le informan que hallaron sangrado y habría que operar pero que está muy débil, difícilmente resista la anestesia. Le preguntan qué querría su madre. Recuerda su rabia, los ojos alucinados, la voz débil pero firme: indigno. Pide verla y se queda un largo rato, está inconsciente. Sabe que no lo escucha pero le dice muchas cosas. Toma la decisión. Una decisión que lo acerca a la dignidad.

Está en paz mientras se dirige al auto, estrenando la noche.

ANÉCDOTAS DE MIS VIAJES

EL VIAJE EN TREN

Antes de los noventa, en mi tierra había trenes. El enorme territorio de mi país los necesita. Pero un iluminado los vendió, los desguazaron y hoy sólo se puede atravesar la patria con autobuses o camiones, autos y aviones.

Mi último viaje por tren fue de antología. Tenía que cruzar en forma horizontal los mil cien kilómetros que me separaban de mi madre. Pensé en buscar el vagón más confortable en primera clase. Los había visto en otros países y las butacas eran de terciopelo, con asientos individuales y servicio de camareros y camareras.

Me acerqué con tiempo antes de viajar, a la estación y en la oficina donde vendían los tickets. Un robusto empleado, moreno y peinado con gomina, bigotes enormes y mirada miope, me atendió muy serio.

Necesito un boleto de ida y vuelta a Mendoza, en primera clase. Me miró en forma suspicaz. No tengo. Dijo con una sonrisa irónica. ¿Viene con alguna recomendación del gremio? No. ¿Qué gremio? ¡Del sindicato de Ferroviarios! No, soy docente, maestra de grado y necesito ir a ver a mi madre. Estamos en vacaciones de invierno y por eso...

¡No señorita, no, si no trae un papel del sindicato ya no tengo lugar! Le vendo uno común, para dos pasajeros sentados. Es lo mismo.

Acepté. No podía dejar de viajar. Tenía necesidad de ver a mi familia en Mendoza y mi esposo, cuidaría una semana la casa y los chicos. Pagué lo estipulado. Un cuarto de mi sueldo de maestra.

Hice una pequeña maleta y mi cartera, como todas las de mujer, llevaba de todo. El dinero por las dudas en una pequeña bolsa que se apretaba en mi corpiño. Llegó la hora y mi esposo me llevó al terraplén desde donde partía en tren. Al pasar por el vagón de lujo, observamos que estaba vacío. Nadie lo había utilizado. Seguimos hasta el que me correspondía. Un joven guardia, con un uniforme arrugado, algo sucio y una sonrisa divertida, me tomó el ticket y lo perforó diciéndome que subiera rápido, que los asientos mejores ya estaban ocupados. Un beso ligero de los niños y de mi esposo, con un sinfín de consejos, me subí rápidamente al coche.

Los asientos estaban puestos de frente, de cuatro personas que se mirarían todo el viaje. Eran de “cuerina” marrón, casi todos rotos, rajados y desprolijos. El suelo sucio con barro y algún que otro trozo de papel.

Me acomodé en el único que quedaba libre al lado de la ventanilla a medio bajar. Ya que no abren, es por seguridad. Una familia de inmigrantes bolivianos, eran como doce o trece se paró cuando entró el guarda y se tuvieron que ir a otro vagón de más atrás. Me quedé sola. Un señor anciano estaba sentado en el primer asiento y dormía. Pasó el inspector y me pidió el boleto que mostré con una sonrisa. Me pidió algo de dinero y me dijo que me fuera al medio del coche, señalándome el único asiento sano. Le pasé un billete y me cambié. Estaba más cómoda, el vidrio limpio y la ventanuca cerrada.

Ya habíamos alcanzado un ritmo de velocidad regular, y el tren bailaba sobre los rieles con una armonía aceptable. Al atravesar algunos barrios el tren bajaba el movimiento. Hasta que en una estación llena de soldados, se detuvo. (Poco tiempo después se derogó el Servicio Militar Obligatorio por ley) subieron ruidosos muchachos veinteañero. Con risotadas y palabrotas. Iban a cargo de un suboficial joven que vino rápido y se sentó junto a mí.

Se presentó amablemente y se disculpó por la tropa. Volvían a vacacionar con sus familias. El humor mío y el de ellos por momentos fue un horror. Me miraban como a una rareza humana. ¡Yo, leyendo un libro de poesía! Uno amagó encender un cigarrillo y el joven jefe le ordenó que mirara y acatara los carteles de: “Prohibido Fumar”.

Media hora más tarde, el convoy se detuvo en un descampado. Allí, para mi horrorosa sorpresa, ascendieron un grupo de prostitutas cargadas de garrafas de vino y botellas de variado tipo de alcohol. Ruidosas, desprejuiciadas y mal habladas, cuando me vieron se quedaron mudas. ¡Me dijeron bruja, maldita! y, ¡Ándate de aquí! Yo les quitaba el trabajo. Los soldados se reían a mandíbulas batientes y el joven que acompañaba a los jóvenes no podía ser escuchado por los gritos y risotadas de todos.

Me acurruqué en mi rincón, siempre con mi libro de poesía de poetas contemporáneos; pero reconozco que no me podía concentrar. El olor de los cuerpos enervados por el vino y la euforia, la mugre y el traqueteo del tren me hizo descomponer. El joven jefe, me pidió que lo acompañara al buffet, antes de cruzar al otro vagón, se volvió y algo dijo, que todos aceptaron con un grito de júbilo. Yo, temblaba. ¿Qué experiencia!

En el vagón comedor, me dieron la mejor mesa. Se debe haber corrido por todo el personal mi situación. Yo tendría unos cuarenta y ocho años y parecía una señora de un cuadro de Fader o de Victorica. Me faltaba el camafeo y el “yabot” para ser de otro siglo.

Traté de beber un café. El vehículo se bamboleaba de derecha a izquierda en el trecho rápido que arremetía el ferrocarril. El mozo, cuya chaqueta parecía un mapa antiguo de la Hispania, me trajo en un platillo de porcelana un pocillo de tamaño mediano de cerámica con un jugo parecido a algo llamado “café”, en otro platillo, azúcar morena y dos pequeños sobres de diferentes marcas de edulcorantes dietéticos. La cucharita era de plástico la rechacé y apareció una de metal, algo torcida y cascada. La taza con plato y todo, se movilizaba de una punta de la mesa a la otra, perdiendo el líquido oscuro en su vaivén. ¡Era una danza espectacular! Saqué el pocillo del plato, con una mano lo sujeté mientras con la otra traté de agregar el azúcar. Ésta cayó en derredor de lo que quedaba del pseudo café. Traté de revolverlo, todo con una mano, la otra aferrada al recipiente para que no cayera al suelo. ¡El empleado me miraba con risueños aleteos de párpados! Parecía un pajarito emboscado. Logré beber el resto. Y vino corriendo a sacarme la vajilla. Me tendió la mano. Quería una propina. ¡Muy de argentinos! Le dejé unas monedas. (Aún tenían valor.) Luego me quedé, por consejo del suboficial, un buen rato mirando por el ventanuco, los campos llenos de plantas de girasol, trigo y un sin fin de trabajo de nuestros queridos campesinos.

El sol se iba recostando en el horizonte y ya habían prendido algunas lámparas en el comedor. ¿Quiere comer algo? ¿Qué se puede comer? Solo una omelet, me dijo haciendo una seña que era lo mejor. ¡Bueno tráela! Le di otra propina junto con exorbitante cuenta de mi gasto. ¡Si hubiera comido caviar con champagne en el Ritz, no me cobraban tanto! No era su culpa.

Tenía que regresar. Sigilosamente el mozo salió y trajo al muchacho que iba repartiendo soldados por los paraderos del tren en pueblos ignotos. Me dijo: “Señora la voy a escoltar al servicio”, lo miré asombrada. Yo, le sostendré su bolso. No se haga problema, acá tiene mi nombre y mi situación de servicio. ¡Era un amigo entrañable para mí, en ese momento y lugar! ¡El baño, era un asco! Sucio, maloliente y sin agua limpia en el lavabo. Me higienicé como pude, oriné casi de pié y salí con mis manos mojadas en ese agua amarronada que salía de los grifos rotos. ¡Pobre país el mío!

Me ovillé en mi rincón. Muchas rameritas se habían ido y soldados también. Quedaban algunos dormidos que roncaban por causa del alcohol y el movimiento acompasado de vaivén del ferrocarril. El muchacho, que se llamaba Alejandro Gómez, se sentó bien despierto a mi lado. Me

hizo colocar el bolso bajo mi cuerpo y me pidió que durmiera tranquila. ¡Quedan trecientos setenta kilómetros! Duerma, señora por favor. Yo la cuidaré.

Soñé mucho. Cada vez que el tren se detenía en medio de la nada el vagón se iba achicando. Volví a ese sueño distorsionado entre la realidad y mis esperanzas. Me desperté cuando sonó un largo silbato. Estábamos en Mendoza. Miré a mi lado y ya no estaba mi escolta preciosa. El joven suboficial. El inspector, se acercó para auxiliarme con mis bártulos, que eran bien pocos. Y supe, que en el coche de primera sólo viajaban los que pagaban succulentas “coimas” o eran del sindicato de trenes.

Ahora el ferrocarril corre sólo en ciertos lugares del territorio. Pero se perdió por el mal uso y manejo de políticos y empleados.

Yo siempre quedé agradecida del muchacho que me escoltó y cuidó. Era un ejército que ha perdido sus mejores tiempos; el de los valores y educación patriótica, donde se valoraba a los seres humanos, donde se respetaba a las señoras, hombres mayores y a los niños.

Cuando he viajado en trenes de Europa o Asia, reconozco que extraño esa cinta infinita que conectaba mi país de norte a su y de Este a Oeste.

Beca Vespa

Complacencia I

Afirmo que a veces invierto las leyes de natura

Cuando me sorprenden estos parajes renovando

Siempre su existir,

Cuando llamo al lago, èste sin alejarse se me arrima manso.

Lo dejo fluir ostentoso de sus joyas acuáticas, palpita, alardea;

Se desplaza es oro su espuma.

Revoltosas las olas corren con los peces amigos del viento,

que pasa arrastrando el agua y jadeante agita sus caireles.

Allí, cantan rumorosas de risa las garzas de plumas blancas.

Él les pertenece.

Hay un parpadeo de enjambres a la orilla de su ribera,
que me hace temblar la vida.

Un manto de mariposas iridiscentes, en ondulante vuelo
une agua, arena, jardín, casa todo se ilumina de color.

Testigo vestida de nebulosa, cautiva de tanta complacencia
mi mirada es un asombro que pasea por ese gran patio
de mi casa.

Recostada en mi silencio te convoco a habitarlo de palabras.

Complacencia II

Desde mis pies a los tuyos peces fugitivos en el agua centelleante del lago
levanto mi mirada siguiendo el rumbo del extravío hacia tus ojos dorados.

Donde todo pasa, donde una línea incierta es un salto a la desmesura
de la arena que caracolea ciega hasta tu constelación.

Brillo espejado de antigua amatista en su ardiente reflejo solar
son señales de libre albedrío para mi lejano vuelo.

Fortaleza silente, el viento se disfraza de ti, mece las olas y suave
les sobresalta el vientre con goce de murmullos.

Allí buscar el delirio en templos propicios, laberintos íntimos es, es divulgar
sin cerrojos lo que callan nuestras bocas de poetas en su fecundidad.

Un aleteo de preguntas al aire, una simbiosis de sentidos, paisaje, luz.

Por esa permanencia de almas en el exilio que sobresalta a los callados guijarros de la costa,
abalorios, piedras semipreciosas, que abarcan nuestras manos.

Por los días diáfanos e inverosímiles en que las palabras son vaticinios
Voluptuosos a nuestra geografía.

Por el misterio que nos ubica inmersos en el momento y de espaldas al tiempo
dejamos a la incertidumbre esperándonos. CADY TORRES GUTIERREZ

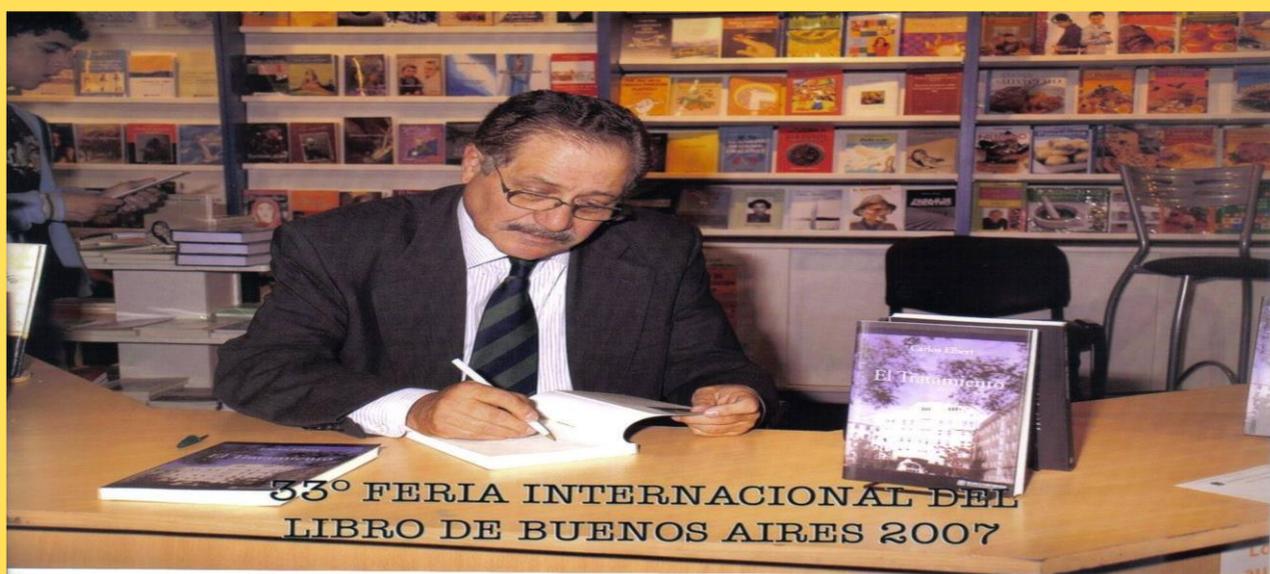
La Biblioteca Popular Luz Obrera
presenta:

Parábola de un Escritor

CARLOS ELBERT

Reencuentro con el pueblo que lo vio nacer

VIERNES 27 DE SEPTIEMBRE, 19 hs
Biblioteca Popular Luz Obrera





El Pro-Tasereu, AIC de Prensa y difusión de SADE ATLÁNTICA, M&I Integre la SIPEA (Sociedad Iberoamericana de Poetas, Escritores y Artistas) Mar del Plata, como Secretario de Prensa y Difusión. Es socio de SEGA (Sociedad de Escritores de General Alvarado). Participó en diferentes Encuentros Internacionales de Escritores, habiendo recibido varios reconocimientos. Obtuvo diferentes premios de instituciones literarias y a la fecha forma parte de 47 Antologías. Recibió distinciones a su labor en pos de la cultura, tales como el Cóndor Mendocino y Diploma de Honor del Foro Feriario Latinoamericano. Sus libros de cuentos: "La aventura de narria" y "Narria" que sentó una aventura, fueron editados en 2013 y 2017 respectivamente.

✉ carlospde2014@gmail.com
 f Carlos Pérez de Villarreal
 www.carlospde2014.blogspot.com.ar
 549 223529644



Thriller Fantástico

La caída del Ángel

Carlos Pérez de Villarreal



Carlos F. Pérez de Villarreal
 Escritor, Periodista. Nacido en la ciudad de Mar del Plata.
 Escribe desde su juventud cuentos, relatos y microrrelatos ficcionales, abarcando considerables elementos de la narrativa. Incursionó en poesía y dramaturgia.
 Colaborador de las revistas "Hora x 20", "Hechos" y "Supervivencia".
 Desempeñó breves como Columnista en el programa radial "Por naturaleza", un buen estilo de vida", junto a su conductor Ricardo Castro, en estaciones de radio FM.
 Laboró en la Redacción y Diagramación de la Revista "El Paño" de la Asociación de Empleados de Casinos Nacionales (AECN) (2010 a 2012).
 Desde el año 2008 se desempeña como jefe de Redacción de la Revista "Nueva Etapa". Ingresó como Columnista en 1996.

Los niños corriendo tras una luz blanca y cegadora que se acerca rápidamente a la Tierra, da comienzo a la narración. Sólo se oye el rumor de sus pasos.
 Eduardo Bazán es el antihéroe que con sus capacidades periodísticas y vivencias, se convierte en el principal actor. Aparecen los "imaginarios", ese grupo que conoce lo que pudo pasar, una "guerra en los cielos".
 ¿El Origen de Todas las Cosas descreería ya del ser humano? ¿Mikael debe cumplir la sentencia? ¿Luzbel es el único que defiende a la raza creada?
 Bazán en medio de esta furia, comienza su novela y en el primer párrafo establece una relación con la acción de los niños, quienes aparecen en capítulos cortos, entremezclados con el guion original.
 La eterna lucha entre el bien y el mal está presente en este "thriller fantástico". Y es allí donde nuestro antihéroe se ve envuelto en una vorágine de aventuras. Su sentido de solidaridad y su profunda vocación de escritor, lo llevan a narrar estos sucesos. Dos mundos contrapuestos que se unen en un "ataca" sorprendente.
 Un periodista de vieja data, junto a varios personajes inolvidables, dan vida a...
La caída del Ángel

Cover © Pérez de Villarreal

La caída del Ángel

UN SUEÑO HECHO REALIDAD

Su mayor pasión era el de andar en bicicleta, pero no cualquiera de ellas sino una de carrera, él había soñado toda la vida con competir en algún campeonato Internacional como Tour de Francia, Paris-Roubaix, Milán San Remo, etc., solo que nunca se animó a anotarse en ningún tipo de competición, ni siquiera una local, por lo que se limitaba a salir a practicar solo, cuando el tiempo se lo permitía.-

Su bicicleta no era por llamarlo de alguna manera algo extraordinario, eso sí, contaba con los mejores y modernos adelantos por ejemplo el cuadro era de aluminio pintado de color rojo y la horquilla de fibra de carbono de color blanco lo que la hacía más liviana, con cambio de 21 marchas, sillín (asiento) en cuero negro bien delgado, siendo el resto todo cromado; hacia que le diera una categoría de una verdadera bicicleta de competición, pero eso no era todo, su equipo

de protección estaba compuesto por el casco de ciclismo color verde con rayas transversales de color amarillo, parecía la tajada de una sandía, gafas anti-réflex, rodilleras anaranjadas, coderas (protección para los codos) del mismo tono y guantillas (unos guantes de cuero sin los dedos) de color negro, y para completar su atuendo un buzo de tela azul con varios diseños con el número 9 en su espalda, acompañado de un pantalón amarillo, con una cinta de color negra a cada costado desde la cintura hasta la botamanga y una zapatillas color verde brillante, haciendo juego con su casco, que se las había mandado un colega del viejo continente.-

Narciso, cuya altura rondaba el metro ochenta y cinco, sumamente delgado, era conocido como La Garza, precisamente por tener unas piernas largas y flacas y una prominente nariz en forma

de gancho, teniendo además unos finos bigotes a lo largo de su labio superior que lucía con orgullo, ya consideraba que una nariz tan importante tenía que estar al menos subrayada.-

Cuando uno lo veía al lado de su bicicleta, vestido con todo su uniforme de ciclista, con todo sus accesorios de seguridad, realmente formaban una sola persona, entre el casco en forma de gajo, el asiento de su bicicleta que terminaba en punta y su prominente nariz como dije en forma de gancho no cabía ninguna duda que habían nacido el uno para el otro.-

Narciso, trabajaba durante toda la semana esperando ansioso el día sábado para darle la correspondiente mantención a su bicicleta y dejarla lista para el domingo, por supuesto después de llevar a su mujer e hijas a misa de las 9 h, las ayudaba a subir a su Citroen 3CV, ya que las tres eran digamos bien gorditas y se

encaminaba para el pueblo, pues vivía junto a la ruta, al llegar lo estacionaba en el otro extremo de la plaza, lejos de los autos más modernos conducidos por familias de mayor poder adquisitivo, que lo hacían frente a la Iglesia, luego cruzaba la plaza con su esposa que orgullosa lo tomaba del brazo y sus dos hijas de la mano, algunos pasos al frente, vestidas con sus impecables vestidos almidonados con encajes blancos que terminaban, dándole un toque de distinción , con una gruesa cinta color rosada a la altura de sus cinturas terminando en un enorme moño en la parte de atrás.-

Una vez que llegaban a la entrada de la Iglesia de Nuestra Señora María Auxiliadora, después de persignarse con el agua bendita que se encontraba en una pía junto a la puerta, desaparecían dentro de ella.-

Narciso no veía la hora de terminar con el

ritual, por supuesto después de haber hecho la señal de la cruz sin de
veces y de haberle pedido a Dios varias veces que lo perdonara por sus
pensamientos y deseos de volver a su casa una vez por todas, tomar su
bicicleta y sentirse el hombre más feliz del mundo.

Sabía interiormente que Dios lo hacía, me refiero a perdonar sus
pensamientos, porque nunca permitiría que un hombre de un corazón tan
noble como Narciso, no hiciera lo que tanto amaba y sobre todo lo que lo
hacia tan feliz.-

A su regreso y faltando unos metros para llegar al
portón del garaje de su casa , giraba el volante bruscamente de tal
manera que el Citroën se inclinaba para su lado y su esposa al perder el
equilibrio lo apretaba contra la puerta del conductor, quedando el cuello de
Narciso entre sus dos enormes pechos; ese era unos de los contactos
más íntimos que tenían frente a sus hijas, y con una mirada cómplice,

pedía como anticipado un especie de permiso para salir y hacer lo que más le gustaba, sabiendo que al regresar lo esperaban con unas pasta caseras con salsa a la boloñesa y un vaso vino tinto .-

Una vez que invitó muy cordialmente a bajar de su auto a su esposa e hijas, y una vez dentro de su casa corrió hacia su cuarto como un niño, se puso su uniforme y todos los elementos de seguridad, tomo su bicicleta impecablemente limpia, y se encaminó para la ruta, su familia salió a saludarlo desde la puerta de su casa y él como Don Quijote de la Mancha sin su Sancho Panza, partió en busca de aventuras en su caballo Rocinante, perdón en su bicicleta de carrera.

Tomó la ruta en dirección opuesta a la iglesia y comenzó a disfrutar del paisaje y del aire puro que se mezclaba con alguna hierbas aromáticas.

Se sentía tan feliz y tan enfrascado en su mundo

que no había percibido que detrás de él venía un pelotón de ciclistas
provenientes de una competencia organizada por otro pueblo cercano ,
para dónde él siempre se dirigía, solo que al pasar la ruta por un costado
del mismo nunca se le había dado por entrar a visitarlo.

Así comenzó a ver pasar uno a uno los

competidores a su lado sintiéndose por unos minutos parte de la carrera,
hasta que quedó en el último lugar, después de todo él no estaba
compitiendo, por lo que continuó a la misma velocidad, hasta que llegó a
la entrada del pueblo, disminuyó aun más la velocidad que llevaba y
embargándolo una gran curiosidad, decidió entrar al mismo, debiendo
pasar por debajo de un arco que estaba colocado de extremo a extremo
en la ruta de entrada, con un cartel viejo y oxidado dando la bienvenida.

Tomó la ruta media abandonada que lo llevaba al centro del pueblo debiendo esquivar varios pozos, le pareció extraño pero siguió adelante.

Después de andar unos 3 Km. comenzó a ver personas a ambos lados de la banquina que lo saludaban, que a medida que se acercaba al centro del pueblo el número se iba multiplicando, el cada vez entendía menos de que se trataba todo eso, continuó pedaleando sin parar, hasta llegar muy cerca de la plaza donde alcanzó a ver un cartel que atravesaba la calle de extremo a extremo donde se alcanzaba a leer la palabra LLEGADA, a los costados de la calle la gente continuaba aplaudiendo cada vez más efusivamente, hasta que al pasar por debajo del cartel de LLEGADA, tuvo que detenerse porque salió a recibirlo una muchacha de largas trenzas y cachetes colorados, con un enorme ramo de flores, mientras la gente lo ovacionaba.

Después apareció el Intendente, el Presidente de la comisión de Ciclismo y demás personalidades para invitarlo a subir al palco principal, Narciso quería hablar pero no lo dejaban, cuando de repente comenzó a llegar el grueso de los corredores, los mismos que lo fueron pasando cuando iba por la ruta, solo que estos continuaron por la misma, hasta la próxima entrada al Pueblo , unos kilómetros más adelante que venia siendo la entrada principal dónde los corredores tenían que entrar, solo que Narciso lo había hecho por la vieja entrada cortado de esa manera camino.

Narciso no sabía cómo explicar la terrible confusión, y los organizadores del evento junto con las más altas autoridades el semejante papelón que acababan de protagonizar, por lo que uno a uno se iban retirando haciéndose los distraídos y sobre todo para no tener que dar muchas explicaciones ya que se encontraba

también presente el único periodista con su fotógrafo del único periódico local, mientras que al verdadero ganador después de todo su esfuerzo ni siquiera lo habían tenido en cuenta, es mas ni siquiera le habían tomado una sola fotografía.

Narciso con un nudo en la garganta

agradeció a todos los presentes, entregó el ramo de flores y el trofeo al verdadero ganador y sin decir una sola palabra más, se subió a su bicicleta y sin mirar hacia atrás salió disparando tomando la delantera, como si ahora la línea de LLEGADA fuera su casa, a la que nunca sintió tantos deseos de llegar como aquel inolvidable Domingo, dónde sin pensarlo se le cumplieron en menos de un minuto unos de sus grandes sueños , que era justamente el de competir en una carrera de ciclismo, llegar primero, ser ovacionado y recibir todo los elogios a parte del

Premio Mayor en manos del Intendente que por supuesto devolvió, eso sí, no dejó de salir en el periódico local en primer plano y a todo color, ya que nadie se animó a dar explicaciones.

Pero como todo tiene un costo, el Intendente, junto a la comisión de Ciclismo tuvieron que gastar unos pesitos extras que fueron entregados al verdadero ganador mientras mantuviera la boca cerrada y a su vez, un especie de bonos al resto de los participantes para ser canjeados por algún repuesto de bicicleta en una conocida bicicletería de la Capital cuyo dueño era el propio Intendente y cerrando el evento un asado para todos los presentes.-

Narciso hizo un cuadro con la foto del periódico y nunca contó a nadie la verdadera historia, lo colocó sobre la chimenea, y cada vez que se sienta en su sillón preferido junto a su esposa en el living de su casa, se queda observándolo horas y horas, haciendo honor

a su nombre.

Y mientras de vez en cuando mira de reojo su bicicleta, con una cierta
complicidad, se le dibuja una picara sonrisa cuando se acuerda de lo
vivido aquel Domingo, en aquel pueblo que ni por casualidad volvería a
visitar.

En los misterios de esta vida, a veces

los sueños de alguna manera se convierten en realidad.

CARLOS SOSA ORTIZ

CANCIÓN DE AMOR N° 26

Me gustan tus formas de viento desbocado,
bosque tórrido de besos clandestinos,
pareces traer en tu territorio al verano
y el olor salvaje de los campos floridos

Tu amor es para mí como un grito salvaje,
es ver cómo florecen los lirios en el campo,
es sentir cómo galopa la corriente de la sangre
en la entrega infinita del beso apasionado...

Pero en el babel de la noche... no te encuentro
 y me siento un fantasma bajo esta forma humana.
 ¿Por qué estarás tan lejos de mí? ¿Por qué tan lejos...?
 Ahora mi corazón rueda por calles incendiadas...

Con bocanadas de fuego mi alma te grita
 y te busco rasgando la cabellera del tiempo...
 Me gustan tus formas de senderos soleados.
 Me gustas así... porque sos como el viento...

DIETRIS AGUILAR

LETANÍA DEL SILENCIO

“Trapacerías de la muerte/sucia/como el nacimiento del hombre
 siguen multiplicando tu subsuelo/ y así reclutas tu conventillo de
 ánimas/ tu montonera clandestina de huesos/ que caen al fondo
 de tu noche enterrada/ lo mismo que a la hondura de un mar”

J. L. Borges.

Columbarios sin ruidos ni palomas,
 esas casas sin plumas
 donde el ángel
 mira ciego los huesos encalados.
 Y la tierra golpea la madera
 se derrama
 en los belfos de la peste.

.....
 (Es profundo y oscuro
 no hay ventanas,
 hay vitrales de pelos,
 vidrios rotos.

Abadías vacías. Laberintos).

.....
 Hay leones inmóviles
 sin ojos,
 tanto frío , el aliento de la bruma
 pegajoso y brutal,
 como la lengua
 de aquel toro de Ignacio y Federico.

El portal de las gárgolas, cerrojos,
 las cadenas pesadas,
 los cipreses
 cantan salmos y glorias a la nada.
 Monumentos verdosos,
 piedra y manchas.
 El graznido del tiempo en el silencio.
 Nadie grita. Nadie llora. Nadie escucha.

Eduardo J. Mindeguía

ESTIGMAS

“Elí Eli metul mah sevaktani” Jesús

Los zarzos en la frente del crepúsculo,
 colgajos de arco iris en los pinos.
 Espinas de penumbras dolorosas,
 aullidos como látigos feroces.

Los clavos en las palmas de los ceibos,
 un cielo acongojado, y un silencio
 de pétalos rojizos como lágrimas,
 y llagas, en la espalda de una nube.

Las cuencas de miradas desoladas.
 Canastos de milagros como peces,
 flotando en la ribera de una espuma
 velada de estupores, sin consuelo.

La punta de una lanza en el costado,
 los zarzos y las nubes azotadas,
 canastos de milagros que no fueron.
 Responsos, estupores, tanto olvido.

Eduardo J. Mindeguía

P Á J A R O S

Reposo bajo el jacarandá.

Miro la brisa moviendo airosa el azul de las flores.

Las nubes se deslizan al compás del viento.

Dejo atrás este mundo insensato

donde todos ríen y lloran su soberbia,

donde la violencia se alarga con el tiempo.

¡Míralos!

Allí están, envueltos en colores con festivo lirismo,

altivos, urgidos por la vida.

Se llaman unos a otros anunciando la primavera

¡Míralos!

cantan y cantan desde cualquier rama,

todos los días, no tienen feriados ni domingos.

Le cantan al alba, al cielo, al universo.

Ellos no saben de armas, de guerras,

de esa hoguera donde todos se queman.

¡Míralos!

Se agrupan y se dispersan,

celebran la vida sin pesares ni rencores,

derraman su transparencia sin falsedades.

Los miro y un anhelado sueño me invade:

que el hombre vuelva a ser humano.

ELSA POHL

VINO PARA QUEDARSE

Nico camina cabizbajo y se sienta en el patio. Mira hacia la cocina. Chiqui se acerca con la pelota.

_No, hoy no tengo ganas.

El perro deja la pelota, se tira junto al niño y apoya su cabecita sobre las rodillas de Nico. Él le acaricia el lomo con tristeza.

_Sabés Chiqui, a vos te lo puedo decir, porque vos me entendés. “Él vino para quedarse”, me dijo mamá. ¿Por qué se fue papá? Cuando volvía del trabajo jugaba conmigo a la pelota, para ver quién hacía más goles y sabés, yo siempre le ganaba –dijo el pequeño con una sonrisa desde su imaginación- - y cuando mamá estaba muy ocupada, él me leía los cuentos antes de dormirme ¿Por qué tuvo que irse? ¿Por qué tenía que pelear tanto con mamá? Después se callaban porque yo los estaba mirando.

Chiqui lo mira, apoya las patas sobre las piernas del niño.

-Yo me acuerdo cuando papá bajó la valija grande y puso toda su ropa. Me dijo, “Yo vendré todos los domingos y saldremos a pasear Nico, te lo prometo” Tuve ganas de llorar pero no lo hice, solo lloran las niñas. Total, a nadie le importa lo que a mí me pasa.

El niño levanta la vista. Mira otra vez hacia la cocina.

-Y ahora está ahí, con esa cara de sonso, siempre me mira y me dice, “¿Qué querés Nico, decime”, y me da un beso, yo me limpio la cara ¿Por qué tuvo que venir para quedarse? ¡Yo quiero a mi papá! Mamá me dice “Él se llama Aníbal. Pronto te acostumbrarás a él. Él será un segundo padre para vos, ya verás” Vuelve a mirar hacia la cocina.

-Ahí está, ahora abraza a mamá. A veces me hace regalos, aunque no sea mi cumpleaños ni Reyes y yo los tiro por ahí. Ellos creen que soy sonso porque soy un nene, pero sé muchas cosas, como esa que me dijo el chico de alado que tiene unos años más que yo, que los Reyes no existen, que son los padres, pero yo no digo nada, pongo cara de no saber cuando veo los regalos sobre mis zapatos.

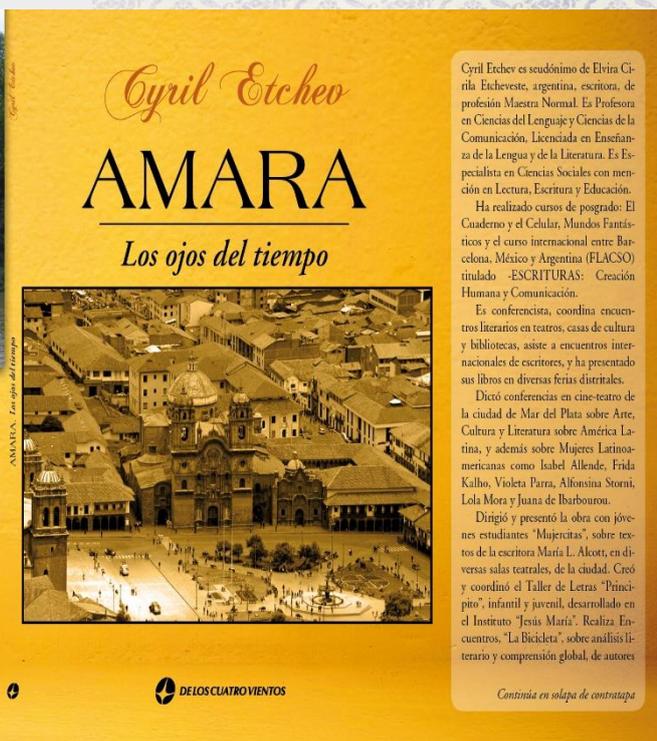
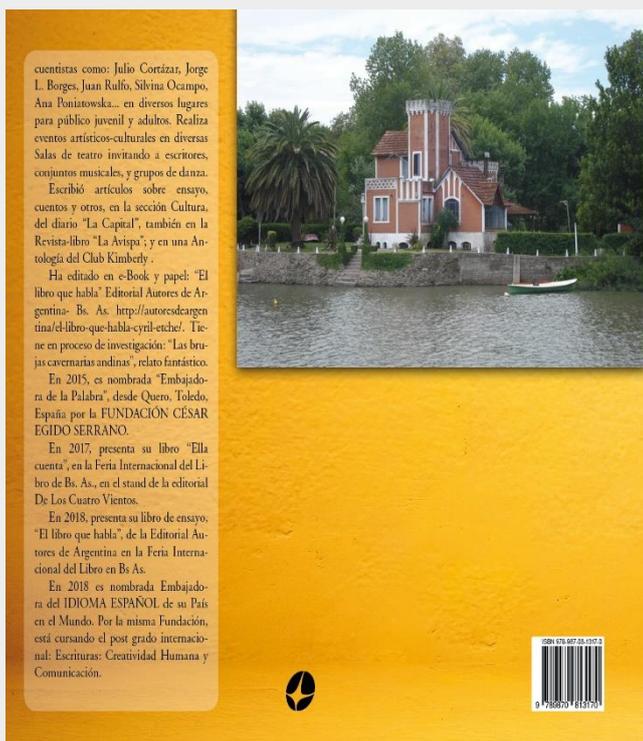
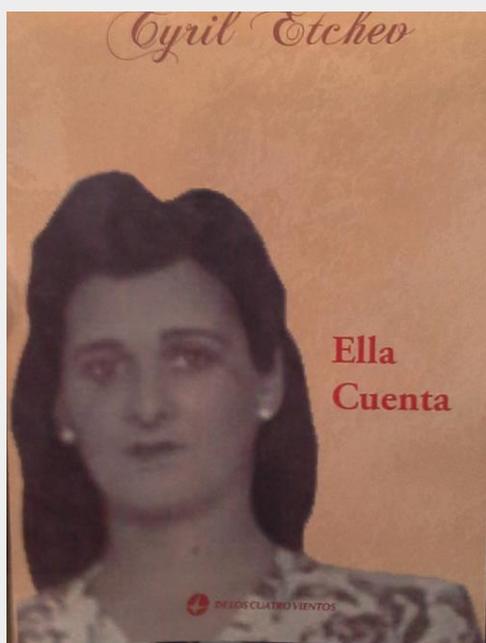
Mira hacia su perro.

-A vos te lo puedo decir Chiqui porque vos me entendés, pero ese, que cree que es lindo porque tiene ese bigote grande, ¡es feo... feo, feo!, y tuvo que venir para quedarse. Ahora mamá no me lee más los cuentos antes de dormirme, siempre está con él.

Chiqui lo mira a los ojos, pasa su lengua sobre las manos de Nico que repite:

-¡Yo quiero que vuelva mi papá!

Arriba, grandes nubarrones cubrieron el cielo.



Trabajo: Libro Histórico.

GABRIEL ALEJANDRO LÓPEZ

Título:

“Alegre, un paraje de vida y de muerte” (ed. propia. ISBN 978-987-42-2427-9)

Este libro fue editado en 2016 y presentado en diversas localidades. Alegre es un pequeño paraje de la provincia de Buenos Aires, fundado cuando se trazó la línea férrea que iba desde Altamirano hasta Las Flores con una importante actividad comercial. Muchas personalidades han pasado por su estación y otras dedicadas a la mala vida buscaron refugio en ese lugar ubicado en medio del campo. Previamente, la zona fue escenario de los malones de pueblos originarios los que, desde el sur, incursionaban sobre los territorios ocupados por grandes hacendados. Es que ese corredor estaba ubicado entre dos fortines y permitía un paso por donde apenas encontraban unos pocos blandengues que custodiaban la región.

Cuando el ramal fue cerrado en los años 90, la actividad decayó y muchos partieron del paraje; la estación permaneció intacta hasta hace poco, como si el tiempo se hubiera detenido. Una de las curiosidades: cuando estaba en su esplendor, el paraje consistía en un puñado de casas cerca de la estación, dos almacenes de ramos generales –y otro tercero más alejado-, una peluquería, una carnicería, un club de fútbol y una cancha de paleta.

Gabriel Alejandro López

DIFERENTES IGUALDADES

Dos clases están trazadas.

Dos mundos cruzan calles.

Uno: toma corona...aplica leyes.

Otro: tiene vasallos y reses...

Y los ojos se ciegan!

Uno vive del disfrute.

El otro el trabajo entrega,

Uno; con trajes y fiestas

El otro sin tarjetas, pelea...

Dos mundos que no se acercan

Pero no se desintegran

Uno vive con sueños

El otro requiere tierras...

Y aunque uno va en decadencia

El otro es el que reina

Quemando pies en la hoguera!

Dos mundos que no unen...

Y uno que muere en penas.-

Antonio LINO.-

ORILLAS DE AMOR

La luna gravita su luz en el agua

Y el agua se eleva en delicado son,

Llamadas profundas perfilan mis ansias

Y encuentro en mis venas latir tu ilusión...

Las olas que llegan de nuevo a la orilla

Rugientes me tienden tus manos sagradas

La espuma se afloja sobre la arenilla

Marcando su huella en su esplendor...

Callado la abrazo, la junto de rodillas

Entregándole mi alma plena y extasiada

Pensando en silencio, sin ecos ni lágrimas

Dando cuanto pueda de mi corazón...

Testigo la noche se aleja sin prisa

Dejando en la costa su luna sin alba

Todo se ha marchado en esa fusión,

La orilla sedienta dormita tranquila

La aguas se marchan, se aleja la vida,

Y las sinfonías, callaron tu voz.-

Antonio LINO.-

G u i l l e r m o S a n t o s L e d r i

Mis últimos poemas y algo más



2820 – Gualeguaychú – Entre Ríos – Rca. Argentina

Año 2020



Guillermo Santos Ledri nació en una casa de campo a pocos kilómetros de Estación Faustino M. Parera, Dpto. Gualeguaychú, Prov. de Entre Ríos, Argentina, el 1.º de noviembre de 1938.

A los cinco años se traslada, junto a sus padres y siete hermanos, a la ciudad cabecera, donde cursa sus estudios primarios en la Escuela N° 3 Tomás de Rocamora y los secundarios, en la Escuela de Comercio anexa al Colegio Nacional Luis Clavarino.

Por razones laborales, en la década del sesenta, vivió en Islas del Ibicuy y en la ciudad de Córdoba, desde donde, en el año 1971, regresa a Gualeguaychú.

Aquí reside actualmente.

Casado con María Elena Vitale, tuvo cuatro hijos, Stella, Elena, Laura y Sebastián, quienes le dieron ocho nietos.

Desde temprana edad, la poesía se manifiesta en él con actitud lírica.

Cuenta con más de seiscientos poemas escritos, la mayoría publicados en varias antologías, diarios, revistas y en sus libros.

A LA NIÑEZ

Quisiera ser el niño de tus ojos,
la sonrisa simple de tu rostro,
sin algo que ocultar, sin arrogancia.
El ceño fruncido cuando piensas
y la fuente sana de tus pensamientos.
Tontos nos hacemos en el tiempo.

Quisiera volver a lo sencillo,
a la risa, el llanto; a lo humano.
Al calor del abrazo sincero
perdido tal vez en el espacio;
a lo auténtico, ido con el viento.
Tontos nos hacemos con el tiempo.

La quietud de la noche

Serena y amable, la quietud de la noche
propone el encuentro de uno mismo.
Nos llama al convite espirituoso de la creación
esperando a los duendes que la inspiran.
Un vaso de whisky, el humo de un puro
coronan esa iluminación del espíritu
mientras la pagina en blanco
seduce a la escritura.
No hay ruidos del día que invadan la armonía
ni cansadas modorras de la tarde.

Soñar se sueña despierto
con infinitas proposiciones del alma
elevando como un planeador la mente,
surcando un cielo de placeres y dolores.
Esa es, serena y amable, la quietud de la noche.

ESPERÁNDOTE

Ya no interrogo tu arribo, hermosa,
al asir mi mano a tu esfinge que me calma.
Tu voz se siente suave, casi tenebrosa,
aunque la luz de tu mirada invade el alma.
Mas aún persiste la tiniebla borrascosa
que atrasa tu llegada amorosa.

¡Tanto tiempo te he esperado
en la aventura de esta vida!
En el paisaje de la existencia ríe y llora
la travesía esperando el destino de esa hora.
Algo impide que mi esfuerzo amado
abraze al fin tu silueta, querida.

Tus pasos parecen demorar
mi anhelo de amarte eternamente.
Tan solo me queda esperar
tu arribo deseado, para siempre.
Y la ansiedad desatará sus lazos
amándote al fin, entre mis brazos.

G. J. S.

Vieja sombra de pelaje negro.

¿Podría, la curvatura de tu espalda, inclinarse hacia los abismos más recónditos de desconocimiento humano? Podría.

¿Podría, tu pelaje negro como el carbón, oscuro como la noche, mostrar el manto de las estrellas, más allá de lo que nuestra especie ha viajado? Podría

¿Podrían, tus garras y colmillos, desgarrar el tiempo y viajar a realidades imposibles? Podría

Así lo has hecho desde que te he tenido, y lo pude ver en cada paseo nocturno que dabas, ahora ya con tu edad avanzada y tus pasos sigilosos como el andar de una sombra, siento que tus energías no son las mismas, y lo has susurrado en tu idioma. Te llevo en brazos, recorriendo los antiguos callejones que, entre las tinieblas, solías deslizarte al compás del viento, bajo los rayos de nuestro satélite, observado por los astros. Y sé que, con esas orejas triangulares, oyes los secretos que antiguos brujos podrían susurrarte, y las caricias que las arcaicas mujeres poderosas solían darte. Reposas en mi pecho, seguro, apacible, dejándote llevar por mi arrullo y el movimiento de mis dedos.

¿A dónde vamos? Preguntas con un colmillo fuera.

Ya lo sabrás, te respondo con los ojos.

Y con un poco de esfuerzo llegamos al tejado.

Allá, donde la luna llena nos cubre con su haz de color blanco y atrae tu mirada. ¿Has extrañado verla, verdad? Te acurrucas sin decirme nada.

Ya no te sientes tan poderoso ni eres capaz de causar temor en los más supersticiosos. Ya no cruzas delante de los desafortunados, has perdido el toque, y me lo has hecho notar.

Acaricio tu lomo mientras descansas en mi regazo. Tus ojos color ámbar se pierden en un horizonte sombrío.

¿Sigues siendo el mismo brujo que encontramos hace diecisiete años? Me lo pones en duda. Puedo ver un atisbo de magia en tu mirada, brindado por las antiguas y veneradas deidades con tu forma. Siempre has sido extraño, tenías un toque único. Ahora cansado, lo conservas y muestras en cada noche. Quieres volver y dormir, ya estas viejo para esos viajes entre mundos. Te enrollas con tu cola y decides descansar el resto del camino de vuelta a casa. Así fue cada semana, pues te veía sonreír con ello. Estaría entonces dispuesto a darte el gusto de sentirte poderoso de nuevo.

Jonathan Fernández.

LA CURVA

Los que andamos en moto en forma deportiva
sabemos claramente lo que una curva implica:
es la instancia sublime que al corazón cautiva,
valiosa adrenalina que “ir fuerte” justifica.

Es el momento exacto donde los que son buenos,
marcan la diferencia entre ellos y el resto,
es cuando los pilotos deben cuidar los frenos,
la caja y cómo encaran, si quieren un buen puesto.

Es el lugar preciso donde la carretera
se sale del libreto y se vuelve traviesa
pone a prueba al que corre, también al que pasea,
atento va el que sabe y evita las sorpresas.

No paran los expertos de analizar la curva
que lleva esta epidemia, ante un paisaje inerte,
estudiando estadísticas y todos los motivos
que ya van definiendo lo que tocará en suerte.

Reconozco esta curva como lo más cerrado,
crucial y trascendente que el camino me impuso
ya que esta vez no es, solo, que enfrente la jugada
es un país entero suficiente y, hoy, recluso.

JORGE BOTAS

PACHAMAMA

Otoño y la pandemia, tensa, calma,
el silencio es notable, poco viento.
La Pachamama advierte el sufrimiento
que invade a cada uno, a cada alma.

Debería disfrutar y estar dichosa
por ver a su verdugo sucumbiendo,
pero no elige aquello, sigue siendo,
empática, sincera y respetuosa.
Podría, con derecho, entrar en huelga
o aprovechar y desatar su ira
provocando más daño, mientras mira,
cómo la humanidad de un hilo cuelga.

Pero allí la tenemos, con las palmas
de sus dolidas manos en el pecho
de su hijo más rebelde, hoy maltrecho,
para darle calor, sin pedir nada.

Jorge Botas

Escribir sobre tu espalda

Quisiera escribir sobre tu espalda,
 para comprenderla, para curar las peores heridas
 y no quedarme con ganas de expresarme con la punta de la lengua.
 Ayudar para que se vaya por la puerta de atrás toda la tristeza,
 y que valga la pena toda la alegría que pueda llegar.
 Ser alguien que con solo rozarte ponga en extinción todos los peligros,
 escalar montañas desde tu cintura hasta tu cuello
 tocando tu piel con la yema de mis dedos.
 Que podamos erizarnos el alma sin siquiera tocarnos.
 Para eso debes llegar con la ilusión por bandera
 y los bolsillos repletos de sueños.
 Saber que puedes pintar un día gris con el rojo de tus labios,
 y que haya vida en cada herida, sentimiento en cada cicatriz
 y auxilio en cada a silencio.
 ¿Sabes? Se puede arder al contacto con otra piel, sin quemarse.
 Primero hay que abrazar los miedos, hasta hacerlos tan pequeños
 que sean ellos los que acaben escondiéndose
 y nosotros podamos prender nuevamente el fuego.
 Es importante tener conciencia que juntando dos cuerpos desnudos,
 se da por cerrado el invierno.
 Es bueno saber que se puede estar a un orgasmo de matarnos
 o de querernos para siempre.
 Hay una boca que quiere que tus besos la sanen.
 Prestame tu espalda y dibujaré en ella corazones
 donde sólo quepan nuestros nombres.

Juan Carlos Rodríguez

Sentencia firme

Cuando me constituya legalmente,
 con una orden de allanamiento
 en el domicilio de tus sábanas
 inspeccionaré todos los rincones
 buscando pruebas contaminadas,
 huellas dactilares,
 o una simple averiguación de antecedentes.
 Ocurre que tus manos dejaron llagas dolorosas,
 pupilas amuebladas con llanto,
 músicas malditas,
 y paraísos perdidos en el aire.
 Lógicamente vos te defendías,

decías que no eras culpable de tales delitos,
 y no tuve más remedio que someterte a indagatoria,
 proceder a la reconstrucción del hecho
 y ver, si a través de mis besos inundados de sal
 era posible un cambio de carátula,
 la chance de una prisión preventiva,
 o aunque sea una pena menos intensa,
 como podía ser una salida transitoria.
 De ahí en más, todo lo ocurrido
 forma parte del secreto del sumario;
 sólo puedo decir
 que después de las historias escritas con mi boca,
 de los racimos abiertos con promesas,
 y de la multiplicación de las caricias,
 te aseguro que ha quedado sentencia firme:
 deberás desparramar cenizas en poemas
 jurar amores infinitos, y dejar que me acompañe
 tu inolvidable aroma, por siempre, jamás...

Juan Carlos Rodríguez

“Mateando con Don Víctor...”

-¡Buenas tardes mocito!

-¡Hola Don Víctor! Llegó justo para unos ricos verdes.

-Dele nomás mocito... ¿Y cómo le va yendo?

-Estoy agotado Don Víctor; la mudanza me dejó de cama.

-Déjese de embromar. ¿Cansado? ¿De qué? Mudanzas eran las de antes.

-¿Usted se mudó alguna vez?

-Le cuento, sobre todo en mi niñez. Como colonos arrendatarios nos movilizábamos constantemente de una región a otra por indicación de los grandes estancieros que nos instalaban donde había necesidad de mano de obra para trabajos rurales. Nuestra vida de trabajo y estabilidad estaba por entonces en manos de los dueños de las tierras, por eso los colonos no podían pensar en una radicación estable.

Lo primero que debíamos hacer era contratar al pocero (para la provisión de agua). Y por último (antes de mudarnos) se desarmaba el galpón de zinc donde vivíamos y se lo mudaba por completo al nuevo lugar; y una vez reinstalado recién se movía a la familia completa.

Se desmalezaba el terreno, se armaban los corrales para las vacas y los caballos, se construían los chiqueros para los cerdos, un gallinero y se preparaba una variada huerta. Por último, la construcción del horno de barro era infaltable. Para poder cocinar nuestros ricos “Gute Brot” que era un pan alemán que se amasaba los días sábados y se mantenía bastante fresco para el consumo de toda la semana.

Y así, comenzando de nuevo cada temporada...

-Tiene razón Don Víctor. Lo de ustedes sí que era una verdadera mudanza...

-¡Ha visto que no le miento! ¿Y usted ahora, en qué anda?

-No pregunte Don Víctor. Ya me avisaron que tengo que preparar todo para la cosecha del próximo mes. ¡Y es una parva de laburo!

-¡¿Qué dice mocito?! Si ahora se arreglan con una sola persona y en tractores con aire acondicionado. Y antes a veces ni aire natural teníamos. Tres meses antes empezábamos a revisar la única cosechadora y también los tractores con ruedas de hierro. Y poníamos en condiciones los carros que usábamos para recoger las bolsas trilladas. Comprábamos el combustible para las maquinarias y las bolsas de arpillera (para el embolsado de los cereales).

Antes necesitábamos cinco peones para la cosecha: un maquinista para el manejo de la plataforma de corte, otra persona para conducir el tractor, el cocedor de bolsas de arpillera, más otros dos hombres para cargar las bolsas trilladas...

Lo recuerdo como si fuese hoy. Comenzábamos el trabajo diario a las ocho de la mañana. Al mediodía se hacía un alto en las tareas para el almuerzo. Generalmente disfrutábamos un rico puchero de campo con ensalada de repollo y remolacha (todos productos de nuestra huerta). Los cinco operarios nos sentábamos bajo la plataforma de la cosechadora donde encontrábamos algo de sombra. Después de las dieciseis horas se hacía un alto para el infaltable mate cocido acompañado de nuestros tradicionales “Kreppel” (que es una torta frita alemana). Y luego, cuando la oscuridad fracturaba la claridad del día, dábamos por terminada la jornada.

¿Y? ¿Qué me dice mocito?

-¡Qué es muy lindo escucharlo Don Víctor! Con su experiencia yo aprendo a agradecer todo lo que hoy tengo...

* _ A la memoria de Don Víctor ECKERDT (15/10/1925_14/01/2019)

Juan Carlos Viale

Cañuelas – Buenos Aires

¡Quiero sentirme viva!

-Ya son las cuatro de la mañana. Y no puedo dormir. En punta de pies voy hasta el desayunador.

Arrimo una banqueta mientras recorro, con mi mirada, nuestro departamento. Este hermoso nidito de amor que elegimos juntos, cuando éramos novios; cuando él era otro.

Mirando de reojo hacia el balcón agarro una birome y una hoja, y me siento... ¡Ya está!

Haber pasado la noche intentando dormir en la fría bañera, ahogada por los silencios que hacemos cuando nos seduce el miedo, aceleró mi decisión. Pero quiero dejar escrito mis motivos antes de emprender el vuelo...

Después de unos minutos miro la hoja, y está tan en blanco como mi mente, como mi alma, como mi vida. Me cuesta agarrar la birome, tengo la mano acalambada y debe ser por la fuerza que hice para mantenerla cerrada para salvar mi teléfono y evitar que él descubriera lo que tenía escrito en mi palma.

Trato de encontrar un buen recuerdo, como argumento para desistir de lo inevitable; pero únicamente revivo imágenes oscuras, tan oscuras como las nubes que diviso a través del balcón y que me incitan a volar... Recuerdo la primera vez. No me percaté que no fue sólo un exabrupto, como me dijiste aquella noche. Elegí creerte y fue mi gran error.

Tu mirada vigilante, más las palabras amenazantes que susurrabas en mi oído, fueron inundando de terror mi vida. Sólo preguntas desafiantes, armadas para denigrarme.

Aún tiemblo al pensar en las veces que me abrazabas por la espalda y, con cínicas palabras de cariño, me invitabas, ¡me obligabas!, a sentarme a tu lado para quitarme mi celular y controlar mis contraseñas, mis contactos, mis llamadas...

Todo te molesta. Que quiera estudiar para que un día pueda trabajar y desarrollarme profesionalmente. Que algún conocido se me acerque para saludarme. Que me regalen algo. Y hasta que exprese que me gusta tal ropa, donde me respondías que lo único que me faltaba era disfrazarme de trola...

Siempre me persuadías con la misma frase: “¡Perdón! No volverá a suceder” ¡Si sabes que te amo...!

Pero tu disfrazado amor, de la puerta para afuera, era solamente una máscara que escondía tu pasión posesiva y destructiva, arrasando amistades, estudio, alegría, ilusiones y toda mi familia. Por ello, ahora, ya no me alcanza con proclamar silenciosamente “VIVAS NOS QUEREMOS”. ¡Hoy! ¡Ya! Necesito y quiero “sentirme viva...”.

Miro por última vez la puerta de la habitación. Está cerrada. Significa que él sigue durmiendo, como si nada, como siempre.

Salgo al balcón; me ubico sobre la baranda en el rincón más alejado de la entrada, para evitar que me vea o que me escuche. Miro al cielo, buscando una última ayuda.

Sin perder más tiempo abro el teléfono y marco el número que tenía escrito en la palma de mi mano. Y en ese instante ocurre el milagro. Un Ángel de la guarda me responde diciendo:

-¡Hola! Te comunicaste con la línea 144. De atención, contención y asesoramiento sobre violencia contra las mujeres...

Juan Carlos Viale

Cañuelas – Buenos Aires

LIANA FRIEDRICH

Paginas web:

- 1) <https://photos.app.goo.gl/r56gutFihVG6cycP6>

Feria internacional del Libro desde el año 2014 a la fecha.:

- 2) www.el-libro.org.ar/autor/43464
- 3) www.librosjuanavaltman.com.ar

RENDICIÓN

Rictus de amarga soledad
 traspasa la fibra plateada del espejo,
 inmovible estanque
 donde Cronos navega
 sin desandar la travesía,
 taimado jugador
 que siempre gana las apuestas.
 Como arena, los años se escurren
 tejiendo sobre el rostro
 perversa textura de encajes:
 son las huellas que trazaran
 las cenizas de los sueños rotos.
 Sensación de cruel desamparo
 sobrevuela la imagen absorta...
 Derrumbados instintos
 claudican frente al abismo.
 Se arrincona la niña de ayer,
 desgajada flor en el viento
 que entre las ruinas suspira
 hostiles versos de olvido.
 Imposible sobornar a Kairós:

El destino acecha
desde el gélido cristal.

Liana Friedrich

El hallazgo, en extrañas circunstancias, de un cadáver, conducen al Jefe de la Policía a realizar una investigación poco ortodoxa, que lo conduce a vivir las más asombrosas aventuras, cuyas vicisitudes lo arrastran a través de intrincadas dimensiones, en un viaje fantástico, de carácter mágico, metafísico y apocalíptico.



MABEL DELGADO

Primavera

**La delicadeza se manifestó,
uno de sus manifiesto,
fueron los verdes en flor,
que el agua acaricio.**

**Los niños juegan,
en las doradas plazas.
Compartiendo, ellos están,
con sus amigos y ya.**

Las golondrinas, al llegar.

nuevas vidas dar.

la gacela, de pie pujar,

al nacer caminar.

Como pinceladas,

manifiesta su amor,

esperando el Inti,

verano asomar.

EN EL MANTO ESTELAR.

**Una estela en el cielo,
un volamar se ve pasar,
en el fresco mañanero,
atraveso el portal.**

**Solo quedo, y paso,
una flamenca rosada,
la observo como brillo,
un pincelado celestial.**

**La pterosaurus miro,
observo lo que paso,
solo fue un destello,
celestial del ordobisico.**

**solo verlo pasar,
ese carancho para jugar,
atravesando un portal,**

en el manto estelar.

PIELES SOBRE PIELES

Bajo su corona de rey
 después de vagar el mundo
 irrumpió sin aviso, sin pasado, sin permiso
 encadeno al imaginario
 con el vocablo: MUERTE
 desbastador y veloz como en Guernica
 dejando en su viaje universal
 un tendal de súbditos y esclavos
 encajonados en vida
 recuperados los fuertes
 en mortaja de impiadosa soledad
 a quien ya no puede defenderse.

Muerte por allí .Muerte por allá
 y vaya a saber cuando vendrá por acá
 suena un estribillo
 como una canción de cuna
 en un ruego al despertar
 la promisoría vacuna
 abrazando un pasaje
 de iconos amarillos y sonrientes
 como féretros en pantallas.
 Que resuciten las pieles
 de tan virósica -dictadura
 en esa fusión tan humana
 de pieles sobre pieles.

Mabel Delgado 10/6/20

Tereré azulino

(Cuento)

María Irma Betzel

Ella vivía en el interior de la Argentina y quería ir a Buenos Aires, para ser actriz. Pero eran tiempos de dictadura, desaparecía gente y su madre, llorando, se opuso. Entonces, sofocando ansias, eligió otra carrera y se fue a la universidad, en la capital de su provincia.

Él, vivía en Paraguay, quería ser militar, pero en su país, también eran tiempos de dictadura y el mandamás dijo:

– Uno de esa familia de comunistas –todos los opositores eran tildados de “comunistas”– no va a entrar a mi ejército. Que estudie otra cosa y lejos de aquí.

Entonces, él se fue a estudiar a Corrientes, esa provincia le gustaba porque se hablaba guaraní, además, presentía que allí, algo especial lo aguardaba.

Los dos, luchando con las frustraciones y plenos de juventud, coincidieron en pensionados del mismo barrio correntino.

El sol y el aire caliente se envolvían en la misma danza, la siesta que a él se le ocurrió tomar tereré. Como no tenía heladera se acercó a la pensión de chicas y le atendió ella.

– ¿Tenés hielo? –le dijo.

Vio los ajos azules alertarse, generosos.

Días después, llegó de golpe el otoño inusualmente frío y él volvió a pedirle hielo.

–Qué raro –pensó ella–. Parece que los paraguayos toman tereré helado aunque haga frío.

Al rozar sus manos, los dos palpitaron y él pensó que quería sorber un tereré fresco de hierbas azulinas como esos ojos y presionar la cintura breve como el cuenco de palo santo donde cargaba la infusión de yerba.

Ella, sintió la mirada honorable, varonil, urgente y se sintió pequeña, débil y líquida, como arroyuelo que fluye, irremediabilmente, hacia el llamado del mar.

Era el amor.

–Paraguay, es una isla rodeada de tierra –le dijo él, un día–, ¿irías allí a vivir conmigo?

–Contigo, mi amor, a cualquier isla o en medio del mar –le dijo ella.

En Paraguay se casaron, tuvieron hijos y se quedaron, ya ancianos, otra vez solos. Y el hilo de la memoria se les enreda a veces como los delgados remolinos de aire que dejan las mariposas. Y ella, se viste de sedas multicolores y danza por la casa, inventando historias de escenarios y aplausos.

El, enhiesto y cabal, apuntándole con el dedo, la reprende:

– ¡Alto! ¡Deténgase ahora mismo! A la tercera advertencia disparo: a la una, a las dos y a las....

Pero cuando... ¡PUM! la bala está a punto de salir, él encuentra esos ojos sorprendidos y le dan ganas de sorberlos en un tereré azulino.

Entonces, frunce los labios quebrados por la vejez, la besa y le dice, con ternura:

– ¿Tenés hielo?

Y para ellos, es una gracia que Paraguay sea una isla rodeada de tierra donde el sol, casi siempre, infla con burbujas de aire caliente, el velamen de los días.

SENTIDOS

Sintió un fuerte olor como a hojas y plástico que se quemaban. Enojado, se sentó en su silla y probó un poco de sopa.

Él era de las personas que frente a situaciones traumáticas se paralizaban. No hacía nada, como esperando que alguien actuara.

En ese momento su mano izquierda se aferró a la silla de madera y su derecha quedó sobre la mesa apretando la cuchara.

Ese fue su último almuerzo.

Su rostro sintió el calor inevitable y la piel comenzó a derretirse como una vela encendida, las gotas descendían lento, apagándose más abajo en una tonalidad negruzca. Sus ojos se despegaron y rebotaron en el suelo. Seguían mirando con las pupilas abiertas. Un ojo observó la ventana y cómo el gato escapaba aterrado, el otro miró la sala que todavía no había sido arrasada. Las orejas que se balanceaban sobre la mesa, escucharon el crujir de la madera. Este sería el último sentido que se perdería.

La lengua se le despegó y cayó blanda y pesada. La punta que rozaba el piso degustaba el polvo, la ceniza. Las migas y los pelos del animal se adherían sin remedio.

Faltaba poco para consumirse cuando escuchó la sirena. La gente presurosa entró bruscamente en la casa. Luego miró como el techo caía sobre ellos inevitablemente.

María Jimena Caniza

MARÍA LONARDI

Echaremos a volar (canción)

Cuando abramos las ventanas
echaremos a volar

combatiendo los silencios
angustiosos de esta guerra.

Forjaremos un destino
sin perdernos por el camino.
La esperanza y el amor
serán nuestro alimento.

Será el canto y la emoción
en el sentido recuerdo
por los que partieron, por los otros
por un tiempo que fue nuestro.

Saldremos adelante hermanados.
Al fin seremos libres
como bandadas de pájaros.
Volaremos más allá de nuestro cielo.

Atrás el encierro y la derrota.
Aleluya juntos cantaremos.
Las manos juntaremos al abrazo.
Volaremos como los pájaros.

Abriremos el corazón, la casa...
Libre será el pensamiento.
Se irá el dolor, la angustia
y el miedo que vivió dentro.

Letra: María Ángeles Lonardi
Música: Daniel Martínez
Cuando la tormenta pase

Y después de esta noche,
la noche más larga,
cuando la tormenta pase,
volveremos a salir fuera
como los pájaros,
a buscar alimento,
sacudiendo las plumas
y los malos augurios.
Cantaremos a la luna
dormitando a la intemperie,
esperando confiados
que vuelva a salir el sol.
Esperaremos que amaine
el viento y se amansen los días
de latido convulso.
Aprenderemos a escuchar
lo que nos dice la tierra.
Aprenderemos a mirar

a observar, a estar alertas...
 Nadie sabe tanto de tempestades
 como los pájaros,
 como la hierba que crece
 libre en el campo,
 como los ríos, los bosques,
 la naturaleza toda y su magnificencia.
 Nosotros sólo estamos de paso...
 mientras la vida sigue
 y fluye como un río
 aunque parezca que queremos evitarlo.

©María Ángeles Lonardi

En estos días...

Ya son muchos los días que llevamos de encierro.
 Ya son muchos los temores, más que los recuerdos.
 ¿Cómo será la vida cuando abramos la puerta?
 ¿Cómo será cuando la tarde no sea despedida
 de unos días que no volverán a ser lo mismo?
 ¿Cómo será cuando podamos volar?
 Espero en pie que el milagro se produzca.
 Espero tras el cristal aferrada a los sueños,
 ilusionada con un haz de luz
 de esperanza.
 Te buscaré, lo prometo,
 tengo tanto que contarte.
 Volaré hasta ti y desplegadas las alas
 seremos otra vez lo que antes.
 Y volveremos a reír de nuevo...
 Seremos mejores que ayer,
 seremos vuelo libre en el abrazo.

©María Ángeles Lonardi

MARÍA REPZEKA

En la Biblioteca

Como cada mañana desde hacía quince años, llegó a la biblioteca. Ya había sacado la llave que traía en el bolso, para ahorrar tiempo. Abrió la puerta y entró. Todo estaba en perfecto orden, como lo había dejado el día anterior. Puso su abrigo en el perchero (lo había traído de su casa, total, con el placard tenía suficiente espacio para sus cosas). El bolso lo dejó en su escondite de siempre, por las dudas, después de sacar el estuche con los anteojos. Corrió la cortina de las ventanas para que entrase el sol de la mañana. Detestaba el olor a humedad. Iba a sentarse para repasar las novedades literarias que llegaban a la biblioteca desde las editoriales.

-Antes vamos a darle de comer al pobre Serapio, dijo, mientras se disponía a alimentar al pez anaranjado que tenía en una pecera. La pecera en cuestión estaba adornada con plantas acuáticas artificiales, piedritas traídas de algún viaje y un muñeco de plástico luciendo una escafandra roja.

-Serapio, aquí está tu desayuno... No terminó de decir la palabra completa. Su mano se detuvo en lo alto, sosteniendo el alimento en escamas.

Una laucha hundida en el fondo de la pecera cuya cola se movía ahora sobre la cabeza del buzo de plástico, impulsada por el frenético movimiento de Serapio, apareció ante sus ojos atónitos. Dios mío. ¿Cómo es que se cayó en la pecera? Peor todavía ¿cómo es que hay lauchas? ¿Habrá algún nido en la biblioteca? No creo que ande sola.

Todo esto murmuraba, mientras trataba de pescar a la infortunada laucha con el colador- cito que usaba para levantar a Serapio, cuando el agua requería un cambio. La envolvió con una bolsa de nylon y la puso en la bolsa de basura. Serapio recuperó su tranquilidad. Una rejilla fue colocada sobre la pecera para prevenir cualquier nuevo accidente.

En tanto la mujer se devanaba los sesos sacando conclusiones que no la llevaban a nada. De tanto en tanto, sobre todo a últimas horas de la tarde, escuchaba ruidos en los estantes colmados de libros. Su oído se iba agudizando más y más, y hasta podría decirse que se volvió experta en rastros, ya que metódicamente buscaba indicios de familiares de la fallecida.

-Lauchas en una biblioteca, son una bomba de tiempo, le dijo al ferretero cuando fue a comprar una trampa que cebó con un trozo de queso. Pero, contrariamente a lo esperado, nadie comía ese manjar. Sin embargo, de tanto en tanto volvían a oírse ruidos entre los papeles. Tan preocupada por el asunto fue descuidando el verdadero objeto de su trabajo. Ya no daba largas explicaciones a quienes venían en busca de información, o de consejos para completar algún trabajo para el estudio. Ni recomendaba la lectura de las mejores obras de la literatura. Ni se acordaba de promover las actividades culturales que se desarrollaban con el patrocinio de la biblioteca. Por las noches le costaba conciliar el sueño, y cuando al fin se dormía, solía entrar en el mundo del Flautista de Hameling para pasar luego a enredarse en escenas turbulentas donde mil seres la aterraban.

-Señora Aída, le dijo una mañana el secretario de la Comisión; se la nota a Usted muy cansada. La Comisión, en reunión plenaria, ha decidido ponerle una ayudante. De ese modo, usted podrá una vez que le haya enseñado el trabajo, tomarse un descanso. Por otra parte, la joven que desde el próximo lunes será su ayudante lleva muy avanzados sus estudios de bibliotecaria y, que mejor que la práctica en nuestra institución.

La mujer, a quien tomó por sorpresa la noticia, agradeció al secretario el haberla puesto al tanto. Y reconoció que últimamente no se sentía muy bien. Nada dijo de los ruidos en los papeles detrás de la estantería. Por la noche su insomnio fue disipado por las preocupaciones.

- Seguramente quieren que me jubile. Y ya están preparando mi remplazante. En cuanto esté lista me darán una patada en el traste. Ahhh, pero, ahora sí que me van a conocer. Yo misma voy a criar lauchas en la biblioteca, y cuando esa se quede sola, que se muera de miedo. El lunes a primera hora de la mañana llegó a la biblioteca. Iba a abrir la puerta con la llave que ya había sacado de su bolso, se dio cuenta que ya estaba abierta. Entró rápidamente temiendo haberse olvidado de cerrarla al retirarse el sábado. Menuda sorpresa se llevó cuando sus ojos

contemplaron a la recomendada por la comisión, que ya había empezado a reubicar los libros en los estantes bajo la dirección del señor secretario, quien parecía extasiado ante la presencia de la joven.

Buenos días Aída - dijo. Le presento a Gabriela desde hoy su mano derecha. Se encargará de informatizar todos los archivos referentes al material disponible en la biblioteca.

Ahhh, por cierto, tengo que informarle que hemos sufrido un accidente. Gaby
trajo su gato siamés para evitar que haya roedores, y en un descuido de nuestra parte dio por el suelo con la pecera. Por fortuna el pez anaranjado resultó ileso, menos mal que a Gaby se le ocurrió ponerlo en el florero hasta tanto Usted pueda llevarlo a su casa- agregó con una sonrisa enigmática.

María Rosa Rzepka

Tu lado flaco

El esqueleto comienza a diluirse
en el humo del pucho que se apaga.
Pensás en soledad. Sentís la daga
del fracaso clavándose muy hondo.
La culpa va encerrándose en el fondo.
Reflota en la marea la nostalgia
Y el tiempo que declara el calendario
vuelve a clavar la daga.

La impotencia
se ensaña en torturar;
notable ciencia,
tu lado flaco, tu costilla falsa.

Otros puchos vendrán tras la cansada
voluntad, que se quiebra en mil pedazos.

Diluyéndose el humo en el escaso
pedazo de ilusión que te acompaña.

María Rosa Rzepka.

Te Imagino

Envuelto en la neblina te imagino.

Tus ojos se diluyen con el eco.

Liviano el corazón como árbol seco
se asoma a la vereda de los sueños.

Intenta que lo abduzcas, lo transportes
hacia tu mundo azul. Cielo perfecto.

Desde tu mundo no identificado
espiaremos este mundo de silencios.

Dejaremos flotar viejas miserias
sobre grises balcones somnolientos.

La eternidad ingrávida, sin dudas
sublimará en un solo ser, nuestros secretos.

María Rosa Rzepka

GALOPE AL CIELO

Su osadía hacía que sus piernas calzaran botas y audaz en la maraña de crines, galopase a campo abierto. Hincaba sus talones en ese cómplice criado por ella mordiendo el freno, mientras sus labios sangraba, en el afán por acortar distancia. Así el cielo y la tierra le pertenecían, el color del sol en su piel, el sudor del cuero entre sus piernas, el pasto incrustado en su cara al galope del animal.

Era en esos días un premio la libertad de cabalgar, dejando huellas en el barro; salir de la ciudad aprovechando el feriado extendido, era saludable y visitar a su abuelo aún más. Se abrazaron con ansiedad, después de seis meses sin verse, notando en los ojos húmedos de su abuelo, la tristeza. Después de una hora con ese pensamiento, decide regresar de la orilla del barranco y estar, junto a ese cuentero de historias. El olor a las retamas y fardos quedaba atrás, y a medida que acortaba camino, su mirada descubre un vuelo inquieto de aves, perdido entre el humo negro en la lejanía. Nerviosa levantó su nariz, su rostro pálido descubrió, por primera vez que podía existir otro campo, otras ansias y otro dolor mezcla de ladrillo y piel, que jamás podría olvidar.

Maria senatore

Ella, el arte, el surrealismo, el Tao y el Covid 19

Ella sin admitirlo está en una irrefrenable pandemia mental creativa. Ella es pintora. Ella aislada, convive con efluvios de lavandina y ocultadores carnalescos de bocas y narices. Ella es pintora. Adhiere al surrealismo, y sus sueños atávicos, de duerme vela, ayer, los registró en formas y colores, que los racionalistas llamarían incoherencias y los románticos, agresiones visuales sin el lirismo de una dulce esperanza.

Ahora, ella sigue creando. Frenética pinta en un automatismo que impulsa sus manos sin el control de pensamiento crítico a registros insólitos. Surgen transparentes personajes que copulan con los ojos desorbitados deslizados de sus cuencas oscuras. Generan emergiendo especies de aves voladoras que en vez de plumaje portan garras constrictoras que se prenden, oprimiendo y desgarrando, los cuerpos traslúcidos, gestantes de ellas.

Aguas azules fluyen de los desgarros como sangres estelares.

Cierta niebla envolvente, grafica en el espacio, brillantes haces direccionales y de la tierra árida brotan gérmenes que se alimentan de su sequedad. No son bacilos, son virus imperceptibles, antagónicos, que se funden como en vasos comunicantes. Allí, en nueva alquimia de ese oxímoron vegetal, las aguas azules se tiñen de cierto color rosado. Gradualmente asumen el morado color que circula líquido por los canales venosos y arteriales humanos. Mutan hasta oscurecerse con tinieblas de sublimación, agrietamiento y muerte.

Ella no supo. Ella no sabe ¿Por qué esas imágenes tétricas viscerales? ¿Por qué si su lectura última fue el Tao? ¿Por qué pintar un extraño camino de ese mundo oculto en un lugar insólito de la mente? ¿Por qué? ¿Por qué?

Alguien le da una respuesta o le sugiere (tal vez un psicólogo): “La mente recepciona el entorno y masturba los pensamientos para llegar al goce o al conformismo plácido de un aislamiento forzoso, que ella y todos sufren, y que los científicos definen como cuarentena. Confinamiento que es agobio y si se extiende provoca desórdenes emocionales que cada uno exterioriza de distinta manera.” Ella pinta, así se evade. Ella calla. Ella crea otro mundo. Ella extrae de su certidumbre temerosa, la incongruencia de una duda existencial que el sueño exalta, el despertar calma y el arte visualiza. No todo el arte, sí, el llamado surrealismo, que se entroniza sobre o bajo la realidad. Ella mientras tanto pinta, en espera de la declinación de los guerreros invasores para encontrar la libertad perdida.

Freya

DIFERENTES IGUALDADES

Dos clases están trazadas.

Dos mundos cruzan calles.

Uno: toma corona...aplica leyes.

Otro: tiene vasallos y reses...

Y los ojos se ciegan!

Uno vive del disfrute.

El otro el trabajo entrega,

Uno; con trajes y fiestas

El otro sin tarjetas, pelea...

Dos mundos que no se acercan

Pero no se desintegran

Uno vive con sueños

El otro requiere tierras...

Y aunque uno va en decadencia

El otro es el que reina

Quemando pies en la hoguera!

Dos mundos que no unen...

Y uno que muere en penas.-

Antonio LINO.-

El mundo entierra cenizas de la tarde

**Vengo de utopías que no fueron,
busco utopías que no existen.**

**Herido de mentiras,
tal vez de fábulas,
transcurren las calles de mi tiempo
en un brote de magia inagotable
horadando verdades
que aún perduran
en la profundidad
del hombre y la palabra.**

La vida que pude

**Moriré de ceniza con el humo en la sangre,
 entre luchas tenaces en las rutas del tiempo.
 Moriré con la furia de mis brazos dolientes,
 los rostros ocultos, las sombras del grito.
 Moriré con los tigres, de profundos rugidos,
 en los montes febriles, los sueños quebrados.
 Moriré en humillantes parodias
 con traidores sin rumbo en la rueda del tiempo.
 Moriré en los fogones,
 con amigos,
 compañeros del vino, la cruz lacerada.
 Moriré en silencio, el horror en los ojos,
 el rumor de la luna,
 fulgurante y sumisa.
 Moriré con tambores en los tallos del viento
 y un eco esperanza en el brocal de la lluvia.
 Moriré en el surco del suspiro arrogante
 con las penas partidas y jazmines de fuego.
 Moriré en las colinas donde entonan los sauces
 el himno inconcluso,
 el relincho salvaje.
 Moriré de mirar
 la tristeza extendida,
 la insomne pereza de los cómplices ciegos.
 Moriré con la muerte
 y la vida que pude.**

Espejos rotos

**El mundo agoniza ante un cielo de espejos rotos,
 refracta su milenaria historia ,
 Arden en la impiedad del tiempo
 con Dioses ocultos en las sombras del miedo.
 Desde la Grecia de Sofocles. Edipo, Antígona
 hasta una Europa central
 de Césares y Napoleones , de Francos. Hitler. Mussolinis ,**

piel cobarde , oscuros habitantes de la muerte ..
 Tormentas de arenas y de sueños culminan en conquistas .
 Con las humillantes máscaras del Poder
 El Río Grande , divide América,
 Nuestra América , mestiza , carnal
 Con indio, portugués, africano y español
 Tierra madre ¡ Pachamama
 de barcas navegantes del odio y la Corona
 mutilando raíces y huesos que laten en tumbas de olvido .
 América luminosa, la que engendró sus propios caudillo.
DOMINADOS. SOBERBIOS.IMPUNES.
 La crueldad y la sangre en sus rostros culpables.
 Agoniza América y el mundo
 Sucumbió el planeta frente a la prepotencia y el engaño.
 el ultraje derribó ciudades , edificios, y montañas ,
 Infectó ríos, mares , mesetas y llanuras .
 también a sus pueblos .

Norberto Barleand

Vasija silbadora

Solidez de tierra y fuego
 en manos laboriosas
 del artista que trabaja.
 Avivará las llamas,
 cocerá paciente
 su obra dedicada.
 El tiempo justo,

sagrado espacio
para forjarla.
Bajarán los vientos
desde las cumbres nevadas
para encontrar en un resquicio
los mágicos sonidos
de los hijos de la Pacha.
Fluye
agua cantarina,
la música de la vida
en sonora danza.

5ta. Mención en el concurso Shincal, homenaje a los pueblos originarios.

Guerra de los mundos

Segundo aeternum.
Cada instante se dilata,
se prolonga
en la curva espacio tiempo
de la espera.

Desconcierto expectante,
subsistencia amenazada,
quietud espectral,
muerte que asecha.

Wells y su pluma,
magistral lo vaticinan:

un depredador siniestro
se ahoga en su soberbia
ante invisible presencia ...

Seleccionado para la antología Voces en cuarentena Ed. Del Parque

Amor en tiempos de pandemia

Balcón de por medio
han quedado los amantes.
Ella con su marido,
él solo y expectante.

Balcón de por medio
no pueden ni hablarse.
Las miradas se encienden,
los corazones arden.

Balcón de por medio
han quedado los amantes.
El frenesí, la euforia,
tan cerca y tan distantes.

Balcón de por medio,
ha visto el amante,
se llevan al marido.
La peste le ha dado alcance.

Esperarán a la madrugada

para reencontrarse.

Ella coronará con un beso

la sentencia inapelable.

Integra la antología Unidos pudimos. Ediciones Uno del Oeste

Grieta

Alguna vez

se la imaginó con puentes,

colgajos de pasaderas

aún se desprenden.

El sismo neoliberal

socavó profundo

los sueños de la gente.

Desde las tierras altas se la ve lejana,

la hendidura se prolonga más allá,

de dónde la vista no alcanza.

Parece que, tras la grieta,

es otra la Patria

de quienes padecen.

Los desclasados se encandilan

con palabras ilusorias

que el desdén declama.

El río del odio la atraviesa

Vehemente.

De tanto en tanto desborda

ahogando las ilusiones

irremediablemente.

Segunda mención especial I.C. Latinoamericano 2019

Norma Minniti

No he perdido ninguna guerra

pero estoy prisionero.

Veo en las calles muertos y miseria
rondando su luto la pobreza.

Aun no están mis lágrimas presentes,
aun mis letras esperan el alba,
así apelo a lánguidas metáforas
probando calmar mis heridas;
no emerge más sangre de ellas,
sólo textos ardientes asoman
entre músculos agotados.

Pero ningún suspiro o queja brota
pues ninguna incierta e injusta guerra
he perdido .

Tanto he escrito
por allí por aquí,
en cuadernos
o papeles diversos,
en correos
esparcidos desordenadamente,
tanto hasta quedarme sin tinta,
o al borde de un corte de energía,

eléctrica o de entusiasmo.

Y hoy ante el espejo
debo reflexionar
sobre lo oportuno de ello...

Concluyo que no es buen cristal este mundo
para mirarse,
ni seguir intentando abarcarlo con palabras.

Tampoco los días para transitarlos.

Es que voy de espanto en espanto
y no cesan los arañazos cotidianos,
los que hieren la pátina de mi piel
y rebanan mi habitual entusiasmo.

Solo me sirve esta árida soledad
para pronunciar palabras marginales,
escuetas e insensatas tal vez,
tal vez emitidas hacia un fondo áspero
sin pretensión de oídos atentos,
o que acertadamente las eludan
y las dejen orbitando en un espacio vago.

Prefiero reflejarme en un espejo roto
aun a riesgo de cortarme.
Oswaldo tamborra

I

Este miedo de morir
 qué no es solo mío
 también es del pájaro y del viento
 Pero ellos van silbando y saben decir:
 -Hoy no -

II

Llueve
 Plac plac plac plac
 llueve sobre los mejores tejados
 tic... tic... tic... tic ...
 En las impecables cubiertas de mampostería

 En baldosas paquetas
 Pero llueve también sobre el infortunio de chaperíos y óxido
 toc toc toc toc
 (agrandando la O del olvido)
 En fangales poblados de laboriosas manos
 Flac flac flac
 Llueve sobre las infancias de velas
 y súplicas
 pero llueve más
 en los que habitan la calle
 En quienes el insidioso cuchillo del agua hiere artero
 pausada quedamente.

III

Las bandadas son plegarias de los santos hacia los terrestres

Las bandadas son ruegos de los Santos hacia los humanos

Una bandada es un rezo que los santos hacen para llegar al corazón de la humanidad.

2006 .

RAÚL PINO-ICHAZO TERRAZAS

Doctor honoris causa en Humanidades.

ABSCHIED VON DEN DROGEN UND IHRER SUCHT

PROLOG DER DRITTEN AUSGABE VON DEM NOBELPREISEMPFÄNGER DES FRIEDENS
1985 PROF. DR. ERNESTO KAHAN

Vaquita de San Antonio

Ante estas autoridades presento mi indeclinable renuncia a mi puesto de “dadora de suerte, mediadora de fortuna y demás supersticiones”. En décadas en que he desempeñado este cargo no he podido comprobar fehacientemente mi propiedad benefactora hacia la humanidad. Asumo que, a diferencia de otros insectos, he sido protegida y hasta salvaguardada de la muerte por ese rótulo que el ministro de imaginario cultural e inconsciente colectivo me supo brindar. Lamento decepcionar a quien aún confía en mí pero mi decisión es absolutamente inamovible. Buena suerte.

Rodolfo Zamora Damonte

Homenaje a la Ansiedad

Vivir intranquilo es una cualidad
que emerge desde la ansiedad.

No deja vivir tranquilo
y hasta te hace pegar un tiro.

Vivir nervioso tiene un condimento especial;
de ansiolíticos, terapias y hasta tomografía axial.

Aunque uno haga reiki, pilates o yoga
siempre los síntomas aparecerán cual ropa con sogas.

Ser un constante manojito de estrés
te convierte en una especie de ciprés,
aunque sin quietud ni aires campestres,
más bien con urbes sin vuelo, totalmente terrestres.

La rutina nos transforma en autómatas;
sin paz ni tiempo, con moratorias y cuotas.

La ansiedad, siempre presente está,
y con ella nuestra locura siempre a punto de explotar.

Rodolfo Zamora Damonte

SOLA

Está a cientos de kilómetros de casa. Yace en esa cama, sola como una mala broma del destino. El corazón le duele con esa clase de dolor más profundo que el físico, siente ganas de llorar pero el miedo es tan grande que las lágrimas se le congelan. A su alrededor la gente corre, camina, de vez en cuando grita, a veces ríe y hace más terrible esa soledad. Piensa en Martincito que no pudo traer consigo y la herida en su pecho se agranda. Con la cabeza hundida en esa almohada con olor a antiséptico, en cierto modo lo agradece. ¿Qué hubiera sido de él con apenas seis años? Ella, al menos, es grande. Las pupilas debajo de una cofia la observan con incomprensible interés, las tijeras le cortan con prisa la remera. Un líquido rueda por su estómago, se estremece cuando otras manos la limpian. Un hombre habla, ella apenas lo oye. Le preguntan su nombre, o eso cree entender vagamente. ¡Qué pena que su madre la dejase tan sola!, piensa y el ténpano en su pecho comienza a agrietarse. Intenta llorar pero el viaje ha agotado toda su reserva de dolor. La gente corre como espíritus alrededor de su cama, se agita con la prisa de lo urgente. Un dolor agudo le punza el estómago. En su mente flota la imagen de su padre invadiendo la noche, inclinándose sobre ella, acariciándola de esa manera extraña, tirando de su ropa, besándola como un padre no debe. Su madre, incrédula y hostil. Martincito, tan chiquito y desprotegido. Y la huida, por la ventana y en el frío de la madrugada. Allí cerca alguien grita y hace gestos, la alzan y la depositan en otra cama. Las luces blancas del techo pasan rápido sobre ella. Los ojos bajo la cofia le hablan, los labios pintados de rosa se mueven pero ella no escucha. Está demasiado sola y tiene miedo. A su paso distingue caras que siguen con espantado reproche su recorrido. Al otro lado de un túnel interminable, oye que la encontraron tirada en el piso de la terminal de ómnibus. Y recuerda a esos dos chicos un poco más grandes que ella exigiéndole sus cosas, pretendiendo quitarle lo poco que aún le quedaba. El dolor en la panza, la sangre fluyendo caliente entre sus dedos. Está muy sola, llora y se abandona a la angustia del vacío inminente mientras una puerta se abre con estrépito. El mundo le ha mostrado demasiado a esos ojos que aún no alcanzan la adolescencia, tanto que ya no quieren ver más.

SENZA FINE

La música endulzó el amplio ambiente, él se levantó y caminó sin saber con qué fuerzas, ella volteó la cabeza sin entender tampoco porque, y al estar frente a frente, ella se alzó y se acercaron para enlazarse con las primeras notas en el ventocillo que se hizo más tenue, y la noche más oscura, allí sus cuerpos se aliviaron de sus huesos para moverse con libertad y se sintieron cada uno más cerca del otro. Ella conoció cómo era su olor de hombre, y él, de la fragancia de aquella mujer. El tiempo desapareció, ahora el aroma de sus cuerpos fueron dos mundos acercándose con sus estrellas y sus noches, el fresco de trópico se hizo presente y facilitó el movimiento suave, cadencioso, mientras el perfume de fémina de sus cabellos negros, largos y en desorden, soltaban la delicia de llevarlos por los aires. Ella no conocía aquel intruso a sus treinta y tres años y en vísperas de contraer matrimonio, ni él a ella, en su cita previa con la muerte planeada por él mismo para día siguiente. Lo celeste de la noche inundaba el baile, no querían abrir los ojos no había necesidad, la felicidad ya había sido descubierta por una casualidad del destino. Sin quererlo él supo que así tenía que ser para que quede como un sueño, ella por su parte supo también que no tendría otra oportunidad más que esa. Y lo dejaron así. El vaivén salía de sus cuerpos sin sexo, sin alma, sin pensamientos, no había nada solo el efluvio de una paz de otro mundo que no habían conocido antes. Por un momento tocaron la eternidad, los otros invitados que estaban alrededor de la piscina los vieron juntarse de a pocas para desvanecerse entre la bruma que se fue formando alrededor, solo la cantante seguía soltando su melodía de fado triste, era la única que sabía que era un sueño y que al final del canto todo habría acabado. Cuando se hizo la luz del día siguiente, nadie dijo nada al despedirse y se retiraron sin tragedia. Fue un encuentro intempestivo, dos seres humanos se habían evaporado en el infinito por la fuerza de sus ilusiones, y sin haberse conocido nunca antes se habían ido donde no existía el fin.

FUEGOS PERDIDOS

En recuerdo de mi hogar primero

Hoy he vuelto por caminos de espanto
y de ceniza.

Nadie me espera en la estación en sepias.

Hombres sin rostro se derrumban
en desaforadas sombras.

Han muerto todos los abecedarios
y las palabras de nombrar ternuras

o llorar ausencias

solo habitan oquedades

y no vienen a musitar en mi oído

que no soy un fantasma

aunque nadie me vea

aunque se cierren las puertas a mi paso

y aülle el viento en las cuencas

vacías de las ventanas...

Ya no soy dueña del canto de los pájaros

de mis ojos en todas las estrellas

de aquélla con mi nombre

de los mapas del agua de la madre montaña

enrojecida de ocasos y de auroras

del grito de las bestias

ni del chistido agorero de los búhos

en nocturnos de luna

ni del fuego escondido para incendiar
amuletos y talismanes
en altares de piedra...

Quién podrá devolverme los fuegos
consagrados en el hogar primero
el farol como un pequeño sol
en la noche escarchada
de desvelados pájaros erráticos
y confundidos grillos.

Ni los veranos de uvas rezumantes
y salvajes aromas que derramaba la sierra
en la inocencia del día
el murmullo del rezo en la capilla
las rondas en la plaza
ni el naranjo del patio
el mantel y las flores
las manos olorosas de fraternos panes
las voces y la risa
las aristas del llanto y la tristeza...
en los gastados telones de mi vida.

De aquellas estaciones nada queda
solo esta música de notas impiadosas
que estalla en marea de latidos
cimbrándome los huesos
escarbando mi sangre

intentando borrar los rostros
tatuados en mi alma...

Inútiles lágrimas o imaginarios
fervorosos azares que guardaron
el amor de la casa
me queman en las manos.

Teresita Morán

CAZADORA FURTIVA

Escondida en el arca de mi frente,
vive una cazadora compulsiva,
tal vez sea una dependiente
que no se siente plenamente viva.

sin precisar la fiesta del poniente.

En una loca mansa, sensitiva,
cazadora de cielos, inocente,
sin ataque, sin arma defensiva

salvo sus ojos, donde están grabados
los incendios solares vespertinos,
cuando el sol, con los párpados cerrados,

se dispone a soñar con otra aurora.

Y la loca recoge en los caminos
los pétalos de luz. Y llora, llora.

JORGE LUIS

Señor de los magníficos espejos;
ahora ya no eres desdichado.
Ahora estás en paz, del otro lado
del azogue que lanza sus reflejos

Sobre todos los seres que has soñado.
Las ruinas circulares están lejos
y se han muerto contigo aquellos viejos
cuchilleros valientes y admirados.

Te has llevado contigo hasta las cruces
que mancharon con sangre los umbrales
de la pared rosada, con sus luces,

Sus dinteles... Todo te lo llevaste;
los recuerdos, las rejas, los puñales...
Ni siquiera tu muerte nos dejaste.

Tuky Carboni

“El vacío”

A veces sentimos angustia, ganas de llorar, ganas de no hacer nada, y no entendemos por qué razón nos sentimos así. Queremos evitar sentir eso haciendo cosas que nos hagan bien, sonreír y sentirnos vivos. Pero, ¿se irá de esa forma el vacío interno?

Creemos que con solo hacer algo que nos distraiga y que nos haga sentir bienestar por un rato, esa sensación de angustia se va a disminuir; creemos que, evitando ese sentimiento, se va a ir por sí solo, y la verdad es que no.

Ese sentimiento en el pecho, de algo que hace mal, de algo que duele; ese nudo en la garganta al hablar, se hace llamar “vacío”.

¿Por qué sentimos eso? ¿Por qué sentimos angustia si tenemos todo lo que queremos? Quizás manifestamos eso a través de que nos damos cuenta que lo que tenemos, no es lo que queremos, no es lo que anhelamos. Realmente eso que tenes ¿te hace bien?

Muchas veces nos queremos conformar con lo que tenemos, ya que no queremos pedir más, por no ser egoístas, por no despreciar lo que hay al lado o por otras razones. Pero... ¿es ser egoísta querer lo que deseas?

No se habla de algo material. Ese vacío muchas veces es sentimental. Falta de amor, de comprensión, de compañía, de abrazos, de besos, de alguien que te dé un hombro para llorar, que te escuche. Quizás el nudo en la garganta es falta de amor; quizás solo necesitamos amar y ser amados para no sentir que nos falta algo.

Sonara trillado, pero yo creo que el amor te salva, del odio, del resentimiento, del dolor, del enojo y de todo lo malo que puedas llegar a sentir. Un abrazo te puede curar lo que la tecnología no.

Hoy en día, estas mal y buscas la solución en la tecnología, en un mensaje de aliento, en una película. La solución no está ahí. La cura es el amor incondicional; a tu familia, a tus amigos, a tu trabajo, a lo que anhelas.

Ir a cualquier lugar, con alguien que amas, disfrutar esa compañía, ese cariño, hablar, reír, llorar si hace falta para sacar esa angustia, hacer todo, pero con alguien que te agarre la mano bien fuerte y te abrace con amor.

Ese vacío es la consecuencia de falta de afecto y la solución es tan simple que la vas a encontrar en unos ojos que te miren como si fueras magia.

CUANDO ESCRIBO

Son territorios poéticos

los que me pueblan.

Son letras, son signos,

son sonidos, son palabras,

son enlaces, son emociones,

son sentimientos amalgamados.

Es armonizar, nombrar, pintar;

es lavanda, es incienso y es el alma.

La posibilidad de pensar y decir

en amorosa conexión con la vida;

un hilo rojo de uniones imperecederas.

Es buscar la belleza y el dolor

en artesanal construcción fecunda.

Es la enigmática expresión de lo profundo.

Virginia Amado

La cuadra de la cuarentena I

Juanita era una mujer menuda y pequeña, era la que en todo el barrio más hablaba. Saludaba a los que pasaban mientras ella barría la calle y encontraba temas de conversación en la verdulería, en el supermercado y dale que hablar, contando historias, anécdotas y chistes en la fila del banco, cuando esperaba con todos los abuelos, el poder cobrar la jubilación. Un día llegó un virus de vaya saber qué ciudad impronunciable de la china. Todo el mundo hablaba de él, si, ella también, dale preguntar, dale querer saber y dale repetir lo que iba escuchando.

El susto, el martirio y el purgatorio comenzaron cuando desde las autoridades obligaron a todo el mundo a encerrarse en su casa. Juanita primero uso el teléfono, después los mensaje y por ultimo

recurrió a los videítos que ella se grababa y mandaba a sus amigas. Pero pronto esto también la aburríó. Se sentía sola, sus nietos le traían la mercadería a la puerta manteniendo la distancia social.

Toda la cuadra, toda el barrio permanecía al igual que Juanita encerrados en sus casas. Juanita intentó salir, para hablar con alguien, pero las autoridades prontamente la enviaron de vuelta a su hogar so pena de multas y prisión.

Este encierro se volvió insoportable no solo para Juanita sino para cada uno de los habitantes de la cuadra.

Una noche escuchó jugar a unos niños del otro lado de la medianera y se le ocurrió la gran idea del siglo. Tomó una de las mazas que utilizaba su esposo para bajar los cordones de las veredas cuando la gente construía sus garajes y comenzó a derribar la pared. En pocos minutos estaba charlando y jugando con los niños del otro lado de la cuadra.

Claro este gesto, esta iniciativa, fue peor que el virus, con una virulencia terrible prendió en cada uno de los vecinos. Una a una fueron cayendo las medianeras y en el medio de la cuadra se armó un gran patio. Hoy a la noche se juntan todos para hacer una fiesta, habrá canciones de Mario que va a llevar su guitarra, Estela y Norma ya están preparando el pericón, Mirtha va a recitar los versos que aprendió en su juventud del gran Federico Lorca y Juanita está dale que dale practicando alguno de sus viejos chistes.

Mientras tanto por las calles la policía, con las autoridades de control municipal de cuarentena, aprecian y se felicitan por haber logrado que todos y cada uno, de esa cuadra, quede dentro de su casa.

© Waldemar Oscar von Hof. Viernes 17 de abril de 2020.-

Tu nombre

En estas noches interminables de luces,
de calles llenas de todo menos de ti.

Tras una volante que guía mi camino, pienso.

Te pienso.

Treinta paradas, cincuenta y una figuras sin rostro.

Sirenas ululantes que gritan la prisa de la madrugada

Lluvia sigilosa en la que resbalan las ruedas del exilio

Paredes pintadas con música a todo volumen

Veo el amanecer en una playa extraña, con arenas que nunca pisé

Vuelvo a casa cansado

Trato de leer mis notas de antes

Y, al fin, caigo en el sueño que me devuelve al día de otoño mojado en que te puse de nombre

[Amor

A 8 dólares la hora

Conexiones neuronales en las que palpita una idea inusual.

Una docena de huevos que gritan por ser felices antes que hervidos.

Un vaso de pisco vacío ya de tanta noche.

Joyería turística y talla ancestral.

Caña de azúcar mojada y limpia.

Ideas que gustan de vivir en la jungla sin ropas de moda.

Bloquear el sol con tinta es fácil, lo difícil es convencer.

¿Y, que hay de las palabras heridas durante generaciones?

El mundo es una tribu salvaje.

Los eclipses son mentira.

¡La luna no se llena, se hincha!

Los forasteros somos todos indignos, pero productivos.

La tierra, como Cronos, se traga a sus hijos.

Quiero volver al quinto grado, enamorarme de la maestra, y ...

comer lombrices de mi tierra.

Llorar no resuelve.

Pero...,

a 8 dólares la hora.

Prefiero sembrar palabras.

Gozo de primavera

Desde que desperté hace un mes
no encuentro mi risa.
¿Sería usted tan amable de devolvérmela?
Sé que la tiene escondida bajo su falda.
Y, por favor, no me diga que llegó allí
[por puro azar.
Sé que la secuestró para gozar con ella.

ANUNCIO de EMERGENCIA

Se le advierte a la ciudadanía
que el viernes en la tarde habrá ventolera.
Se recomienda no llevar paraguas
por el riesgo conocido de salir volando
como Mary Poppins .
A los que reparten flores a pie los viernes,
se les anima a hacerlo en la mañana.
Y por precaución deben abstenerse
de transportar girasoles.
El tránsito automotor estará restringido.
Solo vehículos de emergencia y del servicio público podrán circular;
El metro funcionará con normalidad
Es posible, que como efecto de los vientos huracanados
se levanten algunas faldas
y se dejen ver las flores perfumadas
Pero, sobre todo
se aconseja no deambular por el parque de la calle 6
después de las tres de la tarde.
Le puede caer en la cabeza una manzana
como la que enloqueció a Adán.

Uña de tiburón.

Esa uña de tiburón,
 la que mi abuelo le arrancó en duelo
 a un escualo,
 ha sido siempre mi amuleto.
 La llevo colgada al cuello.
 Le he confiado mi suerte,
 mis más creativos pensamientos,
 mis deseos reprimidos,
 y hasta mis números de lotería.

Solo que hoy me doy cuenta de que la historia pudo ser mentira, porque mi abuelo no sabía nadar.

Y, seguramente, la gesta habría sido sangrienta,
 dejándole cicatrices que no tenía.

Porque de algo sí estoy convencido:

Los tiburones no se dejan arrancar las uñas tan fácilmente.

William Gamboa Peruchini

ECO DE UN DESPERTAR

El cálido resplandor del sol me despertó. Abrí mis ojos como cada mañana, pero me encandiló su fuerte luz. Mis párpados volvieron a cerrarse y acompañé el estirar de mis músculos con una profunda respiración.

El aire se sentía fresco y natural; no me acordaba haber dejado la ventana abierta. Volví a abrir los ojos y, en vez de ver el techo de mi habitación, el cielo nocturno se erguía sobre mí.

Me sentí confundida.

Me levanté y noté que me encontraba sobre el césped. Miré hacia los costados, pero no reconocí el lugar; parecía el patio de una casa.

Comencé a asustarme, mi memoria no me quería confesar cómo había llegado hasta allí.

De pronto me percaté de que tanto mis manos como mi ropa, se sentían húmedas.

Entonces me descubrí bañada en sangre.

Me aterre. Comencé a gritar y volteé hacia todos lados para buscar alguna salida; entré en pánico y corrí hacia la casa. La recorrí hasta encontrar la puerta de entrada. Salí sin dejar de pedir ayuda; mis gritos eran tronadores y no sabía hacia dónde ir.

Nadie salió de su vivienda y nadie frenó su auto.

Seguí corriendo y me di cuenta de que llegué al hospital. Entré y pedí ayuda, pero los médicos y los enfermeros parecían ignorarme.

Salí llorando, con más odio y miedo de lo que jamás había sentido en mi vida.

Regresé a la calle.

Me sentí un zombi, con pasos lentos y pesados.

Continuaba abatida. Mi memoria seguía negándome una explicación.

Cuando reaccioné, estaba parada frente a la casa en la que desperté. Entré, tal vez encontraría las respuestas a todas las preguntas que revoloteaban en mi cabeza.

Salí al patio y entonces lo vi...

Mi corazón se detuvo.

Mi respiración se cortó.

Caminé hacia él tan lento como pude, para que el tiempo cambiara las cosas. Deseaba que solo fuera una pesadilla o una broma de mal gusto.

Mi último paso rozó su ropa.

Mi mente no podía procesar lo que estaba viendo.

El pánico se convirtió en comprensión.

Levanté mis manos y las volví a ver, seguían con sangre. Las bajé y me hallé frente a él, frente a mí.

Mi cuerpo se encontraba acostado sobre el césped, con los ojos abiertos mirando hacia el cielo nocturno; y mi ropa ensangrentada.

Mi memoria regresó...

Y en ese instante...

...el cálido resplandor del sol me despertó. Abrí mis ojos como cada mañana, pero me encandiló la fuerte luz ...

SENTIDO DEL SILENCIO es un poemario compaginado con cuatro formas de la poesía japonesa que derivan, entre otras, de una misma raíz: el *haikai no renga*. En esta oportunidad se trata del *hokku*, el *senryu*, el *haiku* tradicional y el *muki haiku*. Cada una de las formas poéticas elegidas consta de tres versos cuya métrica es de cinco, siete y cinco sílabas, y responden a instantes de asombro frente a la contemplación de la **Naturaleza** que nos rodea y al **Hombre** como parte de la misma. Las características a las cuales la autora adhiere, después de abordar diversa bibliografía, responden a un criterio que intenta ajustarse a un enfoque tradicional.

El poemario consta de cuatro apartados correspondientes a las estaciones del año: OTOÑO, INVIERNO, PRIMAVERA y VERANO cuyas portadas aparecen ilustradas con fotografías. Entre algunas de las particularidades de esta edición, las distintas formas abordadas se entremezclan en la contemplación de un entorno que insiste en transformarse, asombrando con su encanto, una y otra vez.

La Dra. **Graciela Maturo** en la contratapa del libro dice que: “La poesía de **Zunilda Gaité** revela un alma sensitiva, ávida de bienes espirituales. (...) Ahora, en SENTIDO DEL SILENCIO nos acerca vivencias y momentos personales de su itinerario poético (...) generando lo que llama *japoinos*, poemas que sin dejar de ser argentinos adoptan modos de la poética nipona. En ellos vuelca su manera de habitar el silencio, base de toda expresión poética genuina. El título de su libro, precisamente, enuncia dos pilares del poetizar: el silencio y el sentido.”

Zunilda Gaité

Opio

Darcy Tortonese

Estoy pasando por uno de esos momentos en que uno revisa su carrera docente. Miguel ha sido uno de mis más brillantes alumnos.

Como la mayoría de los jóvenes, Miguel creía poder llevarse el mundo por delante. Tenía una gran voluntad y sentía que podía traspasar límites y volver incólume. Aunque me admiraba, no dejaba de desafiarme.

Yo amenizaba mis clases contándoles a los muchachos extrañas anécdotas sobre el opio y los fantasmas e imaginaciones que provoca. Finalizaba con una de quirófano que no tenía final feliz, a pesar de la excelencia del cirujano porque el médico anestesista perdía el control y el paciente se le moría en la mismísima sala de operaciones. Eso les hacía reflexionar sobre la administración de una dosis de pentotal excesiva.

A veces yo era brutal, pero quería que mis alumnos adquirieran conciencia del tremendo poder que les daba sobre la vida y la muerte la inducción al sueño en el quirófano.

Miguel quería ejercer ese poder hasta vislumbrar que se acercaba al borde y emprender el regreso, como si hubiera rozado el abismo. Empezó a probarlo sobre sí mismo.

Hoy sé que a eso se debían las sustracciones de específicos que notó mi ayudante.

Estuvimos alerta pero no lo descubrimos. El candado más seguro que pusimos también fue violentado y esto sólo podría hacerlo un adicto. Uno al que ya no le importara morir.

Miguel asistía a mi clase con el mismo entusiasmo, estaba más flaco y ojoso. Me dio una penosa impresión.

En la charla que tuvimos después de clase, le recomendé que durmiera más, que pensara que tenemos una suerte que nos viene hecha y otra que nosotros desplegamos ya que todos incluimos dentro nuestro un santo y un verdugo.

Me contó que estaba leyendo a Sartre y que más que su filosofía -que en todo caso le hacía preguntarse “¿para qué había sido creado y porqué había sido ubicado en el seno de una familia como la suya?”- prefería las situaciones “encaramadas” que el existencialista se animaba a vivir... sobre todo las referidas a sus experiencias con opiáceos.

Lo tomé como otro de sus desafíos. Le dije que tal vez a Sartre no le preocupara encontrar así la muerte, pero que yo estaba seguro de que dejó todo aquello porque se había convencido de que si seguía, dañaría su cerebro.

No me puedo perdonar el no haberme dado cuenta de que, esta vez, Miguel no me desafiaba, sino que estas huellas que iba dejando eran un pedido de auxilio conciente o inconsciente, y que yo en mi ceguera no podía atribuirle.

Abrí mi paraguas, caminamos en silencio bajo las gruesas hilachas de la lluvia en la noche sin luna, Miguel me saludó con un apretón de manos, en el que percibí un tenue temblor.

Sonrió con una mueca, y trotó para alcanzar el colectivo. Se había hecho tarde para tomar su guardia en el hospital.

Mientras subía a mi coche quedé fascinado con la fosforescencia de las luces del rayo recién caído, que se deshizo en la copa de ese árbol tan próximo. Ni siquiera nos había rozado, una variante del milagro. Como científico no creía en los milagros; hoy mis dudas son mayores que las certezas.

Con la mirada fija en el árbol pensé en lo desvalidos y solos que estamos, aún en compañía, que siempre es consoladora. Porque yo me iba a mi acogedor refugio poblado de corredores y macetas tan bien cuidadas por mi mujer... pero ese muchacho... ¿quién sabe?

Me costó dormir. Estaba mal dormido y mal despierto cuando sonó el teléfono. Me avisaban que Miguel estaba en terapia intensiva y que era difícil que saliera. En un bolsillo de su chaqueta encontraron mi dirección.

Tranquilité a mi esposa y me vestí. La inoportuna lluvia no cesaba. No quise conducir y tomé un taxi.

En el hospital supe que el compañero de guardia de Miguel debió forzar la puerta de la salita donde lo encontró agonizante. Se había cerrado por dentro y ya sin vigilancia se inyectó más de la cuenta. ¿Lo sabía? o fue un descuido... difícil predecirlo en una persona tan...tan.

Ahora, en este pasillo frío, estoy esperando un milagro.

Otro final:

En el pasillo frío estuve esperando un milagro.

¿Milagro, prodigio?, Miguel pudo sobrevivir.

Por toda explicación me dijo que había estado experimentando....

A los quince días me comentó, que su novia había tenido un intento de suicidio, “fue un corte superficial, si fracasó es porque no quiso verdaderamente matarse ¿no le parece doctor”? Quedé estupefacto frente a este tozudo que volvía a desafiarme.

Sin embargo al día siguiente, él mismo se internó en una prestigiosa clínica. Quería recuperarse para siempre y firmó la orden para que lo ataran sin demoras. Probaba su voluntad. Lo logró.

Por supuesto debió cambiar la especialidad.

Le va muy bien como profesional de la medicina. De vez en cuando, cuando por azar nos cruzamos en algún sanatorio evita mi mirada, no quiere saludarme.

Es una situación desagradable...él sabía que yo tiempo atrás había pensado en él como uno de los precandidatos para sucederme en la cátedra. Muy pronto me jubilo y mi ayudante de tantos años después de convertirse en mi adjunto es quien tiene la solvencia para sustituirme.

Ahora pienso en cuantas cosas me quedan por hacer.

Me he liberado de culpas y estoy casi feliz.

Darcy Tortonese

Historias de mujeres De amores, desamores y maltratos

Magdalena

Magdalena se preparó un té. Era un día muy especial para ella. Su cumpleaños. No podía festejar con su amor. Pero el té era algo que los unía más allá de la distancia, el recelo y el rencor. Siempre desayunaban con té. Él había sido más de mate, claro está. Pero ella lo había introducido en la rutina del té matinal. Se apretó las manos para no marcar el número querido. Él le había dado el tiro de gracia enamorándose de otra y jactándose de ese amor. No había marcha atrás. Magdalena era fuerte, no quería que le tuvieran lástima o la compadecieran. Muchas personas la amaban y se lo demostraban. Quien no respeta la historia vivida no puede construir nada con sólidos cimientos, se dijo. Enjugó sus lágrimas y decidió darle cara al mundo.

Natacha Mell

MONTAÑA

La magia de la montaña
se desliza dócilmente
mientras el sol se esconde
sigiloso y silencioso.

Es misterioso el apego
que nace en mi corazón
al mirarla con pasión
como la acaricia el sol.

Ver como la luna baña
con su luz plateada
reluciendo hermoso
los valles y quebradas.

Las estrellas participan
de esa fiesta inolvidable
dibujando entre los arbustos
fantasmas muy robustos .

Todo es un encanto
de sonidos y de luces
en una ceremonia sagrada
entre el cielo y la montaña

AMIGO

Repartiendo y compartiendo ideas
 olvidando noches de naufragios,
 entre palabras, letras , cantos y obras
 cosechamos amigos inolvidables.

Con ese torrente de talentos
 tan distintos y reservados
 tan alegres y tan vibrantes
 aparecieron ustedes, Amigos...

Los descubrimos en cada mirada
 De esos días inolvidables que vivimos
 en la entrega de los reconocimientos
 del Cóndor mendocino.

Entre abrazos culturales
 nosotros los tendremos
 por siempre en el corazón
 del cóndor mendocino
 FELIZ DÍA DEL AMIGO

ADELA ELISA CORNEJO



